

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 283

BUENOS AIRES, ABRIL 30 DE 1928

El ejemplar
20 Cts.



M. GONZALEZ PRADA

SUMARIO DE ESTE NUMERO:

1848—Manuel González Prada—1918—LUIS VELAZCO ARAGON: M. González Prada, el anarquista—ENCINO DEL VAL: Maestro y apóstol M. GONZALEZ PRADA: Definiciones: Anarquía; El Estado; Nuestras revoluciones; La Autoridad—ALVARO YUNQUE: González Prada—M. GONZALEZ PRADA: Un programa. Imágenes. El intelectual y el obrero. Nuestra aristocracia. Musa Pradariana—HAN RVNER: Eliseo Reclus y el problema de la violencia—LUIGI FABBRI: ¿Solución democrática o solución anarquista?—PAUL RECLUS: Recuerdos sobre los Reclus—SPARTACO ACRATE: El primero de Mayo en Italia. Pensamientos y recuerdos—Gilda de Amigos del Libro—A. R. PARSONS: ¿Que es la anarquía?

1848 - MANUEL GONZALEZ PRADA - 1918

25252525252525

UN HOMENAJE

Hacia tiempo que pensábamos dedicar un número de esta revista a recordar la vida, la personalidad y el pensamiento de Manuel González Prada, una de las más grandes figuras de talla continental en la América latina. El amigo Encino del Val, uno de sus muchos admiradores, le ha dedicado un artículo biográfico en estas mismas columnas (N.º 276, del 20 de enero) y hará también un esbozo bibliográfico del gran escritor.

No va a ser la última vez que hablemos aquí de González Prada ni este número significa que hemos hecho bastante por mantener el recuerdo y reproducir el pensamiento del redactor de "Los Peruanos". A través de sus escritos, elevados y sencillos, hemos de mantenernos siempre en contacto con González Prada y hemos de recordarlo a la juventud estudiosa y rebelde de América como una bandera y como un guía.

Hay diversos aspectos en González Prada que valdría la pena estudiar en detalle:

Su vida de batalla intelectual, su honestidad interior que le llevó del liberalismo al anarquismo, sus valores literarios, sus ideas. Ha debido ser un hombre modesto, de convicciones profundas y razonadas; en sus preocupaciones peruanas late un espíritu tan humano y universal que sus escritos, cuya sola reproducción ganaría batallas contra la tiranía, se leen con utilidad y con entusiasmo en todas partes.

De su biografía damos solamente estos datos: Nació en Lima el 6 de enero de 1848, de una familia de la nobleza española. Estudió en la Universidad de San Marcos, donde, sin embargo, no llegó a graduarse de abogado, una consecuencia posiblemente de su evolución espiritual.

Después de abandonar la Universidad se dedicó a la agricultura y a los estudios libres. Tomó parte en la guerra del Perú con Chile y ese acontecimiento le sacó de su retiro y le hizo entrar en la vida política activa. Vió los males de su país, comprendió la necesidad de elevar su nivel moral e inició la batalla por el progreso. En 1887-88, como presidente del Círculo literario, desarrolló una labor de orientación intelectual, social y política que más tarde, en 1899, trató de proseguir con un partido, la Unión Nacional, formado por elementos liberales, algo así como el Partido liberal mexicano de que surgió Ricardo Flores Magón.

En 1891 hizo un viaje por varios países de Europa, estudiando y entrando en contacto con movimientos sociales y personalidades científicas y literarias.

Ese viaje no ha dejado de tener una buena influencia en la evolución de sus ideas. Cuando regresó al Perú en 1898, traía una visión más amplia de los hombres y de las cosas y un redoblado fervor apostólico. Su libro "Páginas Libres", de 1894, revela ya a un hombre que se acerca a los grandes problemas sociales de su tiempo. Hacia 1902 se separa de la vida política. Su elevado sentimiento moral no estaba hecho para participar en actividades que requieren muy poca dosis de escrúpulos y sobre todo convicciones poco arraigadas.

Desde entonces comienza la evolución de González Prada hacia el anarquismo, hacia el movimiento social del proletariado. Redactó por espacio de cinco años (desde 1904 a 1909) el periódico "Los Peruanos", al cual se debe el comienzo de la propaganda anarquista en el Perú. Es lamentable que esa publicación no haya sido apreciada en todo su valor en su época; aunque era un órgano libre y no un portavoz de o cual organización, el contacto más estrecho con el movimiento internacional habría podido serle en extremo provechoso.

Su hermoso libro "Horas de lucha" fué publicado en Lima en 1908 (segunda edición, 1924), del cual reproducimos algunos trabajos en este número.

Como poeta, su colección "Minúscula" y la de "Exóticas", de 1901 y 1911, respectivamente, nos permiten clasificarlo entre los buenos poetas de la América latina.

Tuvo una destacada actuación en la organización de la Biblioteca Nacional de Lima, desde 1912, con una interrupción desde 1914 a 1916 en que renunció por haber tomado posesión del gobierno una tiranía militar.

González Prada no ha pasado en vano por la vida; ha influido fuertemente, más que ningún otro, en el despertar de una juventud intelectual, directamente, y en la creación de un movimiento obrero, indirectamente, en el país de los gamonales.

Su semilla no ha sido sembrada en vano, y en esta hora luctuosa en que un tiranuelo, Augusto Leguía, ha convertido el Perú en un feudo medioeval, al didicar este número a recordar a González Prada, queremos lanzar con sus escritos a la cara del déspota encaramado en el poder, un desafío y un grito de esperanza.

La elección para los peruanos y no peruanos es ésta: O Leguía o González Prada, o el despotismo del uno o las ideas del otro. Nosotros expresamos nuestra fe en la eficacia de la semilla que dejara en su noble apostolado de González Prada, que murió el 22 de julio de 1918, a la edad de 70 años.

LUIS VELAZCO ARAGON

Manuel González Prada, el anarquista

Todo en González Prada estaba sujeto a una ley de ascensión perpetua y de progreso indefinido. Parecía que una milagrosa fuerza de juventud y energía vitalizadora de renovaciones, hubiera trepado constante dentro de su espíritu en una ansia de superarse. O que un Proteo multiforme, como el de la fábula, se hubiese encaramado en el alma maravillosa de ese anciano de cabellos canos, pero de conciencia tranquila y limpia como su vida. Acaso en su mesa modesta, se servía todos los días, un manjar apetitoso que sabía de la Grecia y de la Arcadia, del queso de cabra y del vino vertido en copa cincelada de Cerámico. Mas aquél, su helenismo que era carne de su espíritu y síntesis de su apostura y belleza varonil, estaba como las islas del mar de Jonia, si es cierto asentado su mirador, sobre el Mediterráneo azul, estaban abiertas las puertas de sus sentidos a todos los vientos que soplaban del mundo. Quizás alguno de ellos era más fuerte y huracanado. El que venía de la estepa rusa. Traía voces de sufrimiento y de dolor. Desde las prisiones de Siberia clamaba la idea asesinada entre nieves y esbirros. Nuevo Dante, Dostoiowski, hacía que el dolor se agigantase hasta la desesperación en el negro y rojo de sus novelas. Tolstoi, el evangélico, era un místico de la humanidad; Gorki agitaba sus sueños de rebelde como una bandera roja en las barricadas. En el fondo de todo eso, se aguzaba un pensamiento esencialmente revolucionario. Una ansia de transformar las injusticias, de cambiar el sentido antihumano de la vida. Como una roja flor o una aurora boreal, se anunciaba como resorte de todas esas aspiraciones: la anarquía.

La anarquía era entonces, como ahora, el ideal supremo de la humanidad, el total perfeccionamiento del hombre. Sabios como Reclus, apóstoles como Kropotkin y Grave eran los heraldos de esa doctrina roja como la sangre, roja como la vida, roja como el dolor y el sufrimiento.

Dentro de la evolución humana la anarquía es el porvenir, es el llamado cordial de la inteligencia sin dogmas, de la justicia sin jueces ni verdugos, de la libertad sin cárceles ni trabas, de la tierra sin acaparadores. La mujer sin esclavitud igual a nosotros, el hombre sin amo, señor ni tirano; eso es la anarquía. Concepción formidable, surgida del instinto sano y viril de los pueblos, como una negación a todo lo que deprime y coarta, tanto religión como Estado, buscando la libertad integral del individuo y de la colectividad como consecuencia de ello, es lo que nos trae la anarquía. González Prada, analizando en el fondo todo lo que de grande y justo encierra la anarquía, como doctrina de evolución y perfeccionamiento, fué de los primeros en afiliarse a ella. Clausuró su pasado, cerró las puertas últimas que todavía tenía abiertas, sobre lo viejo de las injusticias y delitos. Amplio espíritu como el pampiro de los llanos, se agitó como oxigenando el ambiente pútrido de la sociedad; se apartó del intelectualismo burgués, que medra bajo la sombra de falsas convicciones, parasita-

tario y cómplice. Al patriota que predica el odio a Chile como resorte vivificante de la derrota espiritual, que después del 79 había condenado a la cobardía colectiva del Perú de entonces; sucedía el apóstol humano que ve en cada hombre un hermano y en las fronteras geográficas, una imbecilidad del odio de unos cuantos políticos y capitalistas para los cuales la ignorancia, se mata sin dignidad ni honor y la guerra es un negocio de economía y bolsa. Porque la dignidad inconsciente que muere sin saber por qué, no es menos digna de su suerte de morir en el matadero como las reses. Este aspecto de la evolución de González Prada desde la idea estrecha y localista del patriotismo, hasta la suprema de la anarquía, es el menos estudiado o caprichosamente silenciado, quien sabe, por peligroso, por los intelectuales que han estudiado su obra. Sin embargo, es la faz primordial que tiene dentro de su gigantesca estructura; porque es lo que lo salva y lo pone al margen de la América indoespañola. Porque si como escritor y estilista tiene en América rivales como Montalvo y Martí; si como poeta parnasiano puede compararse con Guillermo Valencia y Leopoldo Díaz; en cuanto a apóstol no los tiene, sino con Kropotkin, Reclus, Mella y Zola. González Prada literato es de América. González Prada el apóstol es de la humanidad. Por eso dentro de las ideas anárquicas, es donde más alto ha volado su pensamiento libertario y no sólo es en la prosa, en la que siempre fué señor y dueño del estilo, donde vertió su rojo pensamiento anárquico. También le dió al verso el color de las adelfas y puntualizó en ello aquel estetismo rojo de los iluminados, que es roja acción incendiaria en Lenin, análisis científico en Kropotkin, justicia certera en la bomba de Ravachol o en el puñal de Caserio.

Es que la humanidad es anárquica; y el arte siendo en sí una potencia de vibración espiritual que nos pone fuera de la materia, está constituido como para encerrar dentro de su belleza el pensamiento anárquico.

De aquí que no es concebible un artista fuera de la anarquía. El arte es antes que nada libertad. Y la libertad sin la anarquía no existe. Un artista prisionero de sus dogmas, un escritor miedolento de conveniencias sociales, un escultor que pone sus ideas ante el jurado ministerial del Estado, un poeta que canta poniéndole a su canto el precio vil de un cartón o de una medalla, que en nombre de una sociedad llena de injusticias, le cuelgan como etiqueta al cuello, podrá ser un histrión, un bufo de Velázquez, pero no un poeta ni un artista. En cambio Beethoven solitario y hosco; Rodin rechazado por los salones; Zuloaga lejos de las academias; Anglada Camarasa escandalizante, son la anarquía del arte. Son los supremos negadores de la imbecilidad numeraria que todo lo hace por receta y voz de mando militar, o lo somete a jurados. Es que dentro del marco del principio de autoridad nada puede fructificar en el arte. La autoridad es la negación del arte individual, como

el Estado es la negación de la libertad colectiva. Por eso lo más grandes artistas, los innovadores, los revolucionarios, los rebeldes, los sin amo, fueron anárquicos. Esto en cuanto a lo individual. En lo social la anarquía, siendo la forma más radical de todas las revoluciones, es el fermento de todos los cambios latentes que existen dentro de la mecánica de la sociedad. Los disidentes de toda revolución que permanece estacionaria cuajando en forma de gobierno, es decir, los iniciadores de un movimiento nuevo, que supere a la anterior, como decir, los agitadores perpetuos de la vida son los anarquistas, es decir los inconformes. González Prada, anárquico por naturaleza, no pudo permanecer mucho tiempo fuera del anarquismo. Lo asfixiaba a este hombre el aire de la injusticia. Sentía el dolor de todos los oprimidos. Le parecía a su clara inteligencia adivinatoria del futuro, un crimen el estado actual de cosas.

Así en el Perú, país donde el intelectualismo se pone a remate de la burguesía; donde los historiadores falsifican el sentido de noble justicia reparadora que debe tener la historia, para convertirla muchas veces en alegato de defensa familiar, convirtiendo en ídolos a los grandes asesinos de los campos de batalla, en benefactores a los cínicos de la explotación humana; aquí en el Perú donde los poetas y artistas sienten todavía la nostalgia de la colonia y buscan a quien adular y rendirle pleitesía; fué González Prada dentro del arte mismo un anarquista.

Apostrofó la injusticia del paria en su vida. Hizo de la poesía misma un factor de evolución social y anárquica; y si Alberto Ghirardo, el argentino, dice:

¡Conmigo los hambrientos y los artistas!
¡Conmigo los malditos y los desnudos!

Y Almafuerce:

Yo no siento más vida
Que la del hombre.

González Prada pudo decir:

"No haya fronteras, y en pueblos sin leyes, altares
[ni tronos

Sean los hombres amigos y hermanos.

Pueblos del mundo, romped las espadas, rasgad las
[banderas;

Cesen rencores de tribus y razas".

Era el arte humano de Romain Rolland y de Tolstói. El arte anárquico que sólo ve en el hombre la finalidad de todo, el que hablaba por boca de González Prada como en una especie de ideal redentor.

Ajeno a esa masturbación espiritual que ha llamado 'el arte por el arte', a esas torres de crista' egoístas, en que como en un vicio solitario se encierran los poetas, para rimar melancolías que no sienten y tristezas que disfrazan con hábito monjil, llamándolas Sor Tristeza, etc., González Prada aún como poeta, dentro de frialdad helénica, se abraza a la vida. Si encuentra belleza la cantará, no importa en semirota columna griega o simple flor silvestre de canto. Pero allí donde encuentra una injusticia ¡lira conviértete en látigo!, ¡apóstrofe hazte piqueta!

Así dentro de la poesía cumplía la misión social y salvadora que debe tener el arte. Es decir, era un anarquista.

Pero en la prosa es donde dió el fruto mayor de su doctrina y tan atrasados se quedan a su lado en América los demás pensadores de ayer a hoy; como si él nos hablara del otro lado del mundo. Vasconcelos es internacionalista. Ugarte es continentalista latinoamericano. Alfredo Palacios se acomoda en socialismo nacionalista, que no puede ser sino acomodo, tratándose de socialismo; los demás son nacionalistas cerrados a *outrance*. Sólo González Prada y Rafael

Barrett dan el salto. Y clavados en cruz como redentores pasan al futuro. Son los Cristos anarquistas de América, los apóstoles del futuro.

Pero el anarquismo de González Prada no es el anarquismo individualista y egoísta de Nietzsche, Max Stirner o la derecha hegeliana. Su anarquismo no es la negación declamatoria y palabreira con que denigran la anarquía viviendo de explotadores, y bajo la sombra de ella, los falsos anarquistas. Su anarquismo es el de Grave, Kropotkin Malato, Bakunin, Malatesta, es el suyo, el anarquismo que ve en cada hombre un hermano explotado, una víctima del mercantilismo que ha perdido su individualidad y su libertad; es el anarquismo que borra fronteras en virtud de un ideal humano matando el odio patriótico y cavernario del hombre contra el hombre. Es el anarquismo del futuro que tiene que demoler mucho para llegar a la meta.

González Prada sintetiza su credo en esta palabras: "Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas — la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual. Si ha de censurarse algo al anarquista, censúresele su optimismo y la confianza en la bondad ingénita del hombre. El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre un hermano; pero no un hermano inferior y desválido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa. Rechaza la caridad como una falsificación hipócrita de la justicia, como una ironía sangrienta, como el don ínfimo y vejatorio del usurpador al usurpado. No admite soberanía de ninguna especie ni bajo ninguna forma, sin excluir la más absurda de todas — la del pueblo. Niega leyes, religiones y nacionalidades, para reconocer una sola potestad — el individuo. Tan esclavo el sometido a la voluntad de un rey o de un pontífice, como el enfeudado a la turba multa de los plebiscitos o a la mayoría de los parlamentos. Autoridad implica abuso, obediencia denuncia, abyección, que el hombre verdaderamente emancipado no ambiciona el dominio sobre sus iguales ni acepta más autoridad que la de uno mismo sobre uno mismo".

Mas, después él cree que el anarquismo no se implantará al momento; siglos de siglos tendrán que pasar para que todos los hombres lleguen a esa suprema conquista de la libertad absoluta; dice entonces el generoso apóstol: "No quiere decir que nos hallemos en vísperas de establecer una sociedad anárquica. Entre la partida y la llegada median ruinas de imperios, lagos de sangre y montañas de víctimas. Nace un nuevo Cristianismo sin Cristo; pero con sus perseguidores y sus mártires. Y si en veinte siglos no ha podido cristianizarse el mundo, ¿cuántos siglos tardará en anarquizarse?"

Mas después él cree, que la lejanía del ideal no es parte a que desista de ese sueño, porque: "La Anarquía es el punto luminoso y lejano hacia donde nos dirigimos por una intrincada serie de curvas descendentes y ascendentes. Aunque el punto luminoso fuese alejándose a medida que avanzáramos y aunque el establecimiento de una sociedad anárquica se redujera al sueño de un filántropo, nos quedaría la gran satisfacción de haber soñado. ¡Ojalá los hombres tuvieran siempre sueños tan hermosos!"

Llega aun más tarde a la negación completa del principio de autoridad y en aquella memorable página de "Los Parias" nos canta su credo. Y es allí que al concluir esa lectura, libre de todas las cade-

nas, Ganzález Prada, negando la autoridad, niega en sí la estupidez de todas las tiranías y dice:

"Decían lo santiguos que *el poderoso Zeus, al arrebatarse la libertad a un hombre, le quitaba la mitad de su virtud*. Muy bien perdemos lo más grande y lo mejor de nuestro ser al sufrir el oprobio de la esclavitud; pero, ¿qué ganamos desde el instante que ascendemos al rango de autoridad? Cojamos al ente más inofensivo, otorguémosle la más diminuta fracción de mando; y veremos que instantáneamente, como herido por una vara mágica, se transforma en un déspota insolente y agresivo.

"Pocos, poquísimos hombres conservan en el mando las virtudes que revelan en la vida privada. La piedra de toque para valorizar a un alma no debemos buscarla en el infortunio, sino en el poder: encumbremos al *justo*, y en la cima le descubriremos imperfecciones que no le veíamos en el llano.

"Nada corrompe ni malea tanto como el ejercicio de la autoridad, por momentánea y reducida que sea. ¿Hay algo más odioso que un niño vigilando a sus condiscípulos, que un sirviente haciendo el papel de mayordomo, que un jornalero desempeñando el oficio de caporal, que un presidiario convirtiéndose en guardián de sus compañeros? Si alguacil, si nada más que sustituto de alguacil pudiéramos nombrar al inermes gusano, al punto lograríamos metamorfosearle en víbora.

"Preguntaba un viejo yanki a un inmigrante recién desembarcado en Nueva York:

—¿Es usted republicano?

—No, yo no soy republicano.

—¿Es usted demócrata?

—No, yo no soy demócrata.

—¿Entonces...?

—Soy de la oposición, siempre contra el gobierno.

"Este dialoguillo resume los sentimientos de un alma libre que rechaza el principio de autoridad y le declara guerra donde le encuentra. ¡Ojalá que todos pensarán como él!

"Porque, si en opinión de los fanáticos, *el principio de la sabiduría es el temor a Jehová*; en concepto de los hombres libres, la cordura de un pueblo estriba en el menosprecio a la autoridad. Eso que llaman *desacato* y *lesa majestad* carece de sentido para las gentes emancipadas, sólo tiene significación para el enjambre de palaciegos y cortesanos.

"¿Qué náuseas sentiríamos, si conociéramos el número de crímenes y bajezas que simbolizan la banda de un presidente, la mitra de un obispo, la medalla de un magistrado y las charreteras del un general! ¡Cuántas genuflexiones y curvatura! ¡Cuántos empeños y chismes! ¡Cuántos perjuicios y cohechos! ¡Cuántas prostituciones de las madres, de las hermanas, de las esposas y de las hijas! A mayor encumbramiento, mayor ignominia, pues hubo que arrastrarse más para subir más alto.

"Las muchedumbres no deben alucinarse con títulos pomposos ni dejarse deslumbrar con vestiduras churriguerecas. Se hallan en la obligación de repetirse noche y día que el mundo no implica superioridad sobre la obediencia, que la blusa del jornalero no tiene por qué humillarse al frac del Presidente. Si cabe alguna diferencia entre el jefe Supremo y el simple ciudadano, la diferencia redundará en honor del segundo: el ciudadano paga, el Jefe Supremo recibe la remuneración: uno es el amo, el otro es el doméstico. Los pequeños y los grandes dignatarios de la nación no pasan de lacayos más o menos serviles: todo uniforme es librea, como todo sueldo es *propina*.

"Odiemos, pues, a las autoridades por la única ra-

zón de serlo: con el sólo hecho de solicitar o ejercer mando, se denuncia la perversidad de los instintos. El que se figura tener alma de rey, posee corazón de esclavo; el que piensa haber sido creado para el señorío, nació para la servidumbre. El hombre verdaderamente bueno y libre no pretende mandar ni quiere obedecer: como no acepta la humillación de reconocer amos ni señores, rechaza la iniquidad de poseer esclavos y siervos".

Porque en verdad, analizando con un cerebro libre que corresponda al año 2000, ¿qué significación tiene todo lo que hoy respetamos como autoridad? ¿Qué fetichismo es ese que se enseñorea en forma de mandón político, militar o religioso y por qué uno no piensa como el resto y no acata aquello que llaman la ley, muchas veces hecha y fabricada por lacayos para que la ejerciten verdugos con el nombre de jueces, se priva de todo y hasta de su libertad? ¿Qué lógica absurda es esa que nos hace esclavos ante otro hombre, a quien nuestro miedo o ignorancia le da el derecho autoritario de tiranizarnos, siendo un hombre como nosotros? ¿Por qué todavía tiene el resabio atávico de la religión de divinizar a otros hombres con el título de presidente, rey, arzobispo y Papa, y vemos en simples trapos de vestir símbolos ante los cuales nos prosternamos de rodillas? Así, por ejemplo: a un hombre que lleva polleras de mujer, color carmesí y capa pluvial de armiño, le besamos la mano, ¿qué razón científica o biológica hay para hacer esa indignidad y bajeza? Cuando despojados de todo prejuicio y fanatismo pensamos, meditamos, tenemos que declarar que la anarquía es lo único que como ideal futuro de conquista merece la pena de vivir como hombres. Y es que los anarquistas queriendo suprimir el Estado, la ley y la autoridad, son los únicos razonables dentro de la libertad integral del individuo que es lo que se persigue. Por eso González Prada negando el principio de autoridad es mucho más grande para nosotros que predicando el odio a Chile. Y es que al predicar el odio, ¿qué diferencia tiene de cualquier chauvinista de mitin que también lo hace? Al negar el principio falso de autoridad, que por desgracia tiraniza todavía la ignorancia del hombre, estaba en su papel verdadero de libertario y de verdadero apóstol. Bella culminación de su vida sin mancha fué el anarquismo de González Prada. Por eso cuando un periodista, Félix del Valle, le preguntara un día, poco antes que muriera, cuál era el ideal que más acariciaba, González Prada le responde: la anarquía. Es que él sabía bien que la *anarquía* es el ideal supremo de la vida.

CUZCO — PERU.



ENCINO DEL VAL

MAESTRO Y APOSTOL

Mientras el Maestro vivía, pocos, muy pocos, le conocieron y comprendieron. Sólo algunos espíritus escogidos valorizaron su personalidad superior, bella y ejemplar, así como profundizaron sus principios, doctrinas e ideales elevados y hermosos. Hoy, muerto él, su gran figura apostólica, sus bellezas y singularidades de hombre superior y sus doctrinas eminentemente renovadoras, futuristas, revolucionarias; despiertan la admiración de todos, el afecto de todos y el recuerdo de todos — no únicamente de la escasa juventud liberal, radical, socialista y anarquista del país. Muchos simples ciudadanos y la totalidad de los obreros conscientes, hoy hablan de González Prada, lo que antes no lo habían hecho sino sus discípulos y partidarios. Cuanto más transcurran los años y cuanto más se le conozca, mejor y más se le admirará, amará y seguirá no sólo en Perú, sino en toda la América. Su recuerdo será inolvidable a través de los siglos y las futuras generaciones sabrán edificarle como al hombre el más bello, el más bueno y el más puro que jamás haya habido en el Perú y este Continente.

¿Quién lo duda? González Prada fué único y grande en todo: su vida pura, luminosa, ejemplar, perfecta, sobrehumana; su civismo, austero, impecable, abnegado, heroico; la elevación de sus ideas y la magnanimidad de sus sentimientos; la superioridad de su espíritu y de su corazón; en fin, todas sus bellezas incomparables hacen de él un ejemplar, un espécimen raro de la raza humana digno no sólo de la admiración y el afecto de todos los hombres de bien, sino de la apoteosis de todas las generaciones venideras.

Por eso, cuanto se diga y se escriba del excelso Maestro, nunca será lo bastante, ni el recuerdo que se le dedique ni las alabanzas que se le eleven. Y nosotros, sus prosélitos, tenemos que tomar la pluma cien veces al asomo de su mágico nombre a la memoria.

Una de las urgentes labores que toca hoy a los pradistas es difundir las doctrinas salvadoras del Maestro y hacer conocer su personalidad entre la juventud y el pueblo. Es necesario, imprescindible, hacer del pradismo una escuela doctrinaria, ideológica, principista en el Perú. Porque quien dice González Prada dice florecimiento individual y servicio social; reivindicaciones proletarias y emancipación humana; Verdad, Justicia y Libertad; el Porvenir, la Revolución Social... Su solo nombre encierra todo un programa de vida y acción nobles, elevadas, grandiosas. ¿Para qué extendernos más?

González Prada, el poeta belénico e ideológico, único e incomparable; González Prada, el prosador lapidario y armonioso sin igual; González Prada, el pensador profundo y másculo; González Prada, el artista y filósofo; en fin, González Prada, el ciudadano impecable y austero, el hombre puro, bueno y santo, el doctrinario e idealista, el gran rebelde y lucha-

dor, el revolucionario anarquista: será por siempre el guía luminoso, el faro inextinguible y una perenne inspiración para todos los cultores de la Verdad, la Bondad y la Belleza, de la Justicia y la Libertad, para todos los enamorados del Porvenir... Lo será al igual que todos los grandes maestros y apóstoles de la Humanidad, que todos los grandes sembradores de ideas, que todos los visionarios y soñadores de un mundo moral nuevo — en que los hombres sean hermanos, libres, generosos, nobles, — sin opresores ni explotadores, sin oprimidos ni explotados...

En el Perú no ha habido hasta hoy otro hombre tan grande y sugestivo como González Prada. Por eso, la verdadera juventud, la juventud idealista y luchadora le ha proclamado unánimemente su único Maestro y Apóstol, su abanderado en sus luchas por la Razón y la Libertad, por las reivindicaciones proletarias y la emancipación humana, y también su modelo en el cultivo de su personalidad. ¿Quién puede ser el hermano o el émulo de él? ¡Nadie! González Prada es el único acreedor al título de Maestro y Apóstol de la Juventud del Perú.

Más aún, la juventud revolucionaria de América pronuncia ya el nombre del maestro peruano, junto a los de los maestros mejicano y argentino; González Prada, José Vasconcelos y José Ingenieros, gigantes de la Idea, Apóstoles de la liberación humana, dirigirán en el futuro el pensamiento y la acción de las falanges rebeldes e iconoclastas de América.

Por la santidad (empleamos esta palabra) de su vida, por la bondad de su corazón, por su inmenso amor a la Humanidad y por su genio, González Prada es el Kropotkine del Perú y la América. A un hombre como él, coloquémosle en el altar de nuestro corazón y el trono de nuestro pensamiento, para amarle siempre e inspirarnos constantemente en él. Desde allí, cual una roja antorcha clavada en la cima del Salcantay, él iluminará nuestro camino, nos inspirará perennemente, dirigirá nuestros actos de rebeldes e idealistas, de forjadores de un mundo nuevo... Y combatiendo por las reivindicaciones proletarias y la emancipación humana, como él lo hiciera, habremos honrado su memoria y seremos dignos de considerarnos sus prosélitos.

En el aniversario de su sentida e irreparable muerte, exhortamos a la juventud libre del Perú, y de un modo especial a la de Apurímac, a que levanten muy orgullosa la bandera del pradismo y sigan al Maestro y Apóstol del Perú: Manuel González Prada, camino hacia el Porvenir.



DEFINICIONES

La anarquía

Si a una *persona seria* la interrogamos qué entiende por anarquía, nos dirá como absolviendo la pregunta de un catecismo: "Anarquía es la dislocación social, el estado de guerra permanente, el regreso del hombre a la barbarie primitiva". Llamará también al anarquista un enemigo jurado de vida y propiedad ajenas, un energúmeno acometido de fobia universal y destructiva, una especie de felino extraviado en el corazón de las ciudades. Para muchas gentes, el anarquista resume sus ideales en hacer el mal por el gusto de hacerlo.

No solamente las *personas serias* y poco instruidas tienen ese modo infantil de ver las cosas: hombres ilustrados, que en otras materias discurren con lucidez y mesura, desbarran lastimosamente al hablar de anarquismo y anarquistas. Siguen a los santos padres cuando trataban de herejías y herejes. Lombroso y Le Bon recuerdan a Tertuliano y San Jerónimo. El autor de *El Hombre Criminal* ¿no llegó hasta insinuar que los anarquistas fueran entregados a las muchedumbres, quiere decir, sometidos a la ley de Lynch? Hay, pues, sus Torquemadas laicos, tan feroces y terribles como los sacerdotales.

Quiénes juzgan la anarquía por el revólver de Bresci, el puñal de Caserio y las bombas de Ravachol no se distinguen de los librepensadores vulgares que valorizan el Cristianismo por las hogueras de la Inquisición y los mosquetazos de la Saint-Barthelemy. Para medir el alcance de los denuestos prodigados a enemigos por enemigos, recordemos a paganos y cristianos de los primeros siglos acusándose recíprocamente de asesinos, incendiarios, concupiscentes, incestuosos, corruptores de la infancia, unisexuales, enemigos del Imperio, baldón de la especie humana, etc. Cartago historiada por Roma, Atenas por Esparta, sugieren una idea de la Anarquía juzgada por sus adversarios. La sugieren también nuestros contemporáneos en sus controversias políticas y religiosas. Si para el radical socialista, un monárquico representa al reo justificable, para el monárquico, un radical socialista merece el patíbulo. Para el anglicano, nadie tan depravado como el romanista; para el romanista nadie tan digno de abominación como el anglicano. Afirmar en discusiones políticas o religiosas que un hombre es un imbécil o un malvado, equivale a decir que ese hombre no piensa como nosotros pensamos.

Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas — la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual. Si ha de censurarse algo del anarquista, censúrese su optimismo y la confianza en la bondad ingénita del hombre. El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre, un hermano; pero no un hermano inferior y desvalido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa. Rechaza la caridad como una falsificación hipócrita de la justicia, como una ironía sangrienta, como el don infimo y vejatorio del usurpador al usurpado. No admite soberanía de nin-

guna especie ni bajo ninguna forma sin excluir la más absurda de todas — la del pueblo. Niega leyes, religiones y nacionalidades, para reconocer una sola potestad — el individuo. Tan esclavo el sometido a la voluntad de un rey o de un pontífice, como el enfeudado a la turbamulta de los plebiscitos o a la mayoría de los parlamentos. Autoridad implica abuso, obediencia, denuncia, abyección, que el hombre verdaderamente emancipado no ambiciona el dominio sobre sus iguales ni acepta más autoridad que la de uno mismo sobre uno mismo.

Sin embargo esa doctrina de amor y piedad, esa exquisita sublimación de las ideas humanitarias, aparece diseñada en muchos autores como una escuela de mal, como una glorificación del odio y del crimen, hasta como el producto morboso de cerebros desequilibrados. No falta quien halle sinónimos a matóide y anarquista. Pero, ¿sólo contiene insania, crimen y odio la doctrina profesada por un Reclus, un Kropotkine, un Faure y un Grave? La anarquía no surgió del proletariado como una explosión de ira y un simple anhelo de reivindicaciones en beneficio de una sola clase: tranquilamente elaborada por hombres nacidos fuera de la masa popular viene de arriba, sin conceder a sus iniciadores el derecho de constituir una *élite* con la misión de iluminar y regir a los demás hombres. Naturallezas de selección, árboles de copa muy elevada, produjeron esa fruta de salvación.

No se llame a la anarquía un empirismo ni una concepción simplista y anticientífica de las sociedades. Ella no rechaza el positivismo comtiano; le acepta, despojándole del Dios Humanidad y del Sacerdote educativo, es decir, de todo *rezago semiteológico* y neocatólico. Augusto Comte mejora a Descartes, ensancha a Condillac, fija el rumbo a Claude Bernard y sirve de correctivo anticipado a los Bergson nacidos y por nacer. Si el darwinismo mal interpretado parecía justificar la dominación de los fuertes y el imperialismo despótico, bien comprendido llega a conclusiones humanitarias reconociendo el poderoso influjo del auxilio mutuo, el derecho de los débiles a la existencia y la realidad del individuo en contraposición al vago concepto metafísico de especie. La Ciencia contiene afirmaciones anárquicas, y la Humanidad tiende a orientarse en dirección de la anarquía.

Hay épocas en que algunas ideas flotan en el ambiente, hacen parte de la atmósfera y penetran en los organismos más refractarios para recibirlos. Hasta Spencer, hasta el gran apóstol de la evolución anti-revolucionaria y conservadora, tiene ráfagas de anarquismo. Los representantes mismos del saber oficial y universitario suelen emitir ideas tan audaces que parecen tomadas de un Bakounine o de un Proudhon. Un profesor de la Universidad de Burdeos, Duguít, no vacila en repetir: "Pienso que está en camino de elaborarse una sociedad nueva, de la cual han de rechazarse tanto la noción de un derecho perteneciente a la colectividad para mandar en el individuo como la noción de un derecho del individuo para imponer su personalidad a la colectividad y a los demás individuos. Y si, atendiendo a las necesidades de la exposición, personificamos la colectividad en el Estado,

niego lo mismo el derecho subjetivo del Estado que el derecho subjetivo del individuo". (*Las Transformaciones del Estado*, traducción de A. Posada).

No quiere decir que nos hallemos en vísperas de establecer una sociedad anárquica. Entre la partida y la llegada median ruinas de imperios, lagos de sangre y montañas de víctimas. Nace un nuevo Cristianismo sin Cristo; pero con sus perseguidores y sus mártires. Y si en veinte siglos no ha podido cristianizarse el mundo, ¿cuántos siglos tardará en anarquizarse?

El Estado

Esclavizarse por razón de política vale tanto como someterse por causa de religión: esclavos de una casaca o de una levita da lo mismo que siervos de una sotana o de un hábito. Reconocer la omnipotencia de un Parlamento es acaso más absurdo que admitir la infalibilidad de un concilio: siquiera en las magnas reuniones de los clérigos ergotizan y fallan hombres que saben latín y cánones, mientras en los congresos divagan y legiferan *personajes* que a duras penas logran recordar el nombre de los dedos que llevan en cada mano.

En el orden civil se puede ser tan Domingo de Guzmán y Torquemada como en el gobierno eclesiástico. Inquisidores laicos, los políticos mudan la *Diosa Iglesia* por el Dios Estado y rechazan los misterios del catolicismo para confesar los dogmas de la Ley. El espíritu que anima a los curas no se diferencia mucho del que arrastra a los hombres públicos: tonsurados y no tonsurados, todos proceden o precederían de igual manera. Los políticos no fulminan excomuniones ni encienden hogueras; mas decían fuera de la ley, encarcelan, deportan y fusilan: hacen cuanto el medic social permite, que muy bien excomulgarían y quemarían, si les dejaran excomulgar y quemar.

Antes se negaba la moralidad sin la religión, hoy no se admite el orden sin las leyes, el individuo sin la autoridad, la fiera sin el domador. Como el amor a Dios y el miedo al infierno se han convertido en cantidades despreciables que nada influyen en la conducta de las personas ilustradas, así el respeto a las autoridades y el temor a los códigos no engendran la honradez de los corazones bien puestos: sin alguaciles ni cárceles, los honrados seguirán procediendo honradamente, como a pesar de cárceles y alguaciles, los malos continúan haciendo el mal.

Nuestras revoluciones

Expresó una gran verdad quien dijo: *Las guerras civiles son más justificables y menos insensatas que las guerras internacionales.*

Únicamente los vegetativos o seres arraigados a la tradición se alarman con el movimiento de avance y condenan las manifestaciones dinámicas del organismo social. Tienen ellos una frase que resume el programa de su vida: *antes que todo, la paz*; quiere decir, déjenos en pleno goce de lo bien o mal adquirido, no turben la tranquilidad de nuestras buenas digestiones. ¿Qué sería de los pueblos sin la sacudida eléctrica de una revolución? La Humanidad, perezosa y rutinaria, necesita de espíritus rebeldes que la des-

La anarquía es el punto luminoso y lejano hacia donde nos dirigidos por una intrincada serie de curvas descendentes y ascendentes. Aunque el punto luminoso fuese alejándose a medida que avanzáramos y aunque el establecimiento de una sociedad anárquica se redujera al sueño de un filántropo, nos quedaría la gran satisfacción de haber soñado. ¡Ojalá los hombres tuvieran siempre sueños tan hermosos!

(De "La Protesta", Lima, Perú, Nro. 46 — 1.º de Mayo de 1926).

Los que en nuestros días no conciben el movimiento social sin el motor del Estado se parecen a los infelices que en pleno siglo XIX no comprendían cómo un tren pudiera ir y venir sin la tracción animal. Recuerdan también al campesino que no hace mucho tiempo decía: *yo me lo explico todo en el automóvil, menos el cómo puede andar sin caballos.*

El individuo se ha degradado hasta el punto de convertirse en cuerpo sin alma, incondicionalmente sometido a la fuerza del Estado: para él suda y se agota en la mina, en el terruño y en la fábrica; por él lucha y muere en los campos de batalla. En la Edad Media fuimos un trozo de género para coser una casaca. Y, ¡todo lo sufrimos cobarde y ovejunamente! Merced a innumerables siglos de esclavitud y servidumbre, parece que hubiéramos adquirido el miedo de vernos libres y dueños de nosotros mismos: en plena libertad, vacilamos como ciego sin lazarillo, temblamos como niño en medio de las tinieblas.

Por eso, las mismas víctimas unen su voz a la voz de los verdugos para clamar contra los valerosos reformadores que predicaban la total emancipación del individuo, mas no creemos que en las muchedumbres dure eternamente esa aberración mental. Las semillas arrojadas por los grandes libertarios de Rusia y Francia van germinando en América y Europa. Los burgueses más espantadizos empiezan a ver en la anarquía algo que no se resume en las bombas de Vaillant y Ravachol.

Los que vengan mañana juzgarán a los actuales enemigos del Estado, como nosotros juzgamos a los antiguos adversarios de la Iglesia: verán en anarquistas y rebeldes lo que nosotros vemos hoy en los impíos y herejes de otras épocas.

pierten, la agiten y la empujen hacia horizontes nuevos. Sin hombres animados por el oxígeno revolucionario, la Tierra formaría un amodorrado reino de quinquenones.

Pero, ¿merecen llamarse revoluciones nuestras guerras civiles? Casi todas se redujeron a pronunciamientos y cuartelazos. Riñas de lacayos para cambiar de señor y librea. Toda buena revolución fué maleada por sus mismos iniciadores, todo restaurador de las libertades públicas, terminó por desafortunado enemigo de la Constitución y las leyes. Nos destruimos para seguir a tientas por el camino trillado, si no para retroceder o girar alrededor de un poste. Dejamos la tiranía de la casaca para sufrir el despotismo del frac

y salimos del paisano sin conciencia para volver al soldado sin masa cerebral: como el perro de la Biblia, regresamos a nuestro vómito.

¿Qué beneficio nos legaron esas luchas fratricidas? No sabemos si los indios son más felices y menos esclavos hoy bajo la República — que lo fueron ayer bajo la dominación de España. No restablecimos la esclavitud del negro (más que por humanidad, por vedarlo el ambiente del siglo) pero crucificamos al chino, devoramos al canaca y pretendimos convertir al japonés en carne de trapiche. Exhumamos el odioso tributo español, disfrazándole con el nombre de contribución a la sal para reunir fondos destinados al rescate de Tacna y Arica. Seguimos viviendo bajo la retrógrada constitución del 60, soportamos el deprimente Código de Justicia Militar. No hemos adquirido ni un átomo de lo que siempre dan las revoluciones — amor a la libertad y espíritu viril. Vergonzosamente nos hicimos vencer por Chile, ignominiosamente nos dejamos pisotear por cualquier soldadote insolente y audaz. No conocemos los perdonables desbordes de la libertad ni la justiciera cólera de las muchedumbres, sino las partijas de los ladrones fiscales y las orgías de la soldadesca victoriosa: después de cada baño sangriento quedamos más envilecidos y más despreciables.

La autoridad

Decían los antiguos que el poderoso Zeus, al arrebatarse la libertad a un hombre, le quitaba la mitad de su virtud. Muy bien: perdemos lo más grande y lo mejor de nuestro ser al sufrir el oprobio de la esclavitud; pero ¿qué ganamos desde el instante que ascendemos al rango de autoridad? Cojamos al ente más inofensivo, otorguémosle la más diminuta fracción de mando y veremos que instantáneamente, como herido por una vara mágica, se transforma en un déspota insolente y agresivo.

Pocos, poquísimos hombres conservan en el mando las virtudes que revelan en la vida privada. La piedra de toque para valorizar a un alma no debemos buscarla en el infortunio, sino en el poder: encubramos al justo, y en la cima le descubriremos imperfecciones que no le veíamos en el llano.

Nada corrompe ni malea tanto como el ejercicio de la autoridad, por momentánea y reducida que sea. ¿Hay algo más odioso que un niño vigilando a sus condiscípulos, que un sirviente haciendo el papel de mayordomo, que un jornalero desempeñando el oficio de caporal, que un presidiario convirtiéndose en guardián de sus compañeros? Si alguacil, si nada más que sustituto de alguacil pudiéramos nombrar al inerte gusano, al punto lograríamos metamorfosarlo en víbora.

Preguntaba un viejo yanqui a un inmigrante recién desembarcado en New York:

—¿Es usted republicano?

Aunque el orgullo nacional se ofenda y proteste, debemos reconocer una verdad muy dolorosa y muy triste: somos hoy la nación más envilecida de Sudamérica. Desde el Parlamento a los Tribunales de Justicia, desde las corporaciones a los individuos, desde los señores de las altas clases sociales a los hombres del pueblo, todos se hallan contaminados por la epidemia de envilecimiento. ¿Dónde encontraríamos una inyección maravillosa, un suero regenerador, para ennoblecer estas almas y enderezar estos espinazos?

Y ¡no falta iluso que hable de nacionalidad, soñando con reivindicaciones por medio de rifles, baterías Canet, acorazados y submarinos! Colombia, el Ecuador y Bolivia pueden venir a conquistarnos sin necesidad de traer muchos soldados ni muchos armamentos: no encontrarán un Bolognesi ni un Grau. Chile no tiene por qué emplear un guaso ni un corvo, habiéndonos conquistado en alma y cuerpo: cada saivazo chileno en nuestra cara estrecha los lazos de la fraternidad, cada puntapié chileno en nuestras posaderas despierta en nuestro corazón un sentimiento de gratitud.

Mas, antes de los enemigos internacionales, vendrán los cuervos.

El Perú hiede a muerto.

"La Protesta", Lima, 10 de octubre de 1914.

—No, yo no soy republicano.

—¿Es usted demócrata?

—No, yo no soy demócrata.

—¿Entonces?...

—Soy de la oposición, siempre contra el gobierno.

Este dialoguillo resume los sentimientos de un alma libre que rechaza el principio de autoridad y le declara guerra donde lo encuentra. ¡Ojalá todos pensarán como él!

Porque, si en opinión de los fanáticos, el principio de la sabiduría es el temor a Jehová, en concepto de los hombres libres, la cordura de un pueblo estriba en el menosprecio a la autoridad. Eso que llaman **desacato y lesa majestad** carece de sentido para gentes emancipadas, sólo tiene significación para el enjambre de palaciegos y cortesanos.

¿Qué náuseas sentiríamos, si conociéramos el número de crímenes y bajezas que simbolizan la banda de un presidente, la mitra de un obispo, la medalla de un magistrado y las charreteras de un general! ¡Cuántas genuflexiones y curvaturas! ¡Cuántos perjuros y cohechos! ¡Cuántos empeños y chismes! ¡Cuántas prostituciones de las madres, de las hermanas, de las esposas y de las hijas! A mayor encubramiento, mayor ignominia, pues hubo que arrastrarse más para subir más alto.

Las muchedumbres no deben alucinarse con títulos pomposos ni dejarse deslumbrar con uniformes o vestiduras churriguerecas. Se ha-

ilan en la obligación de repetirse noche y día que el mandó no implica superioridad sobre la obediencia, que la blusa del jornalero no tiene por qué humillarse al frac del Presidente. Si cabe alguna diferencia entre el Jefe Supremo y el simple ciudadano, la diferencia redundará en honor del segundo: el ciudadano paga, el Jefe Supremo recibe la remuneración: uno es el amo, el otro es el doméstico. Los pequeños y los grandes dignatarios de la nación no pasan de lacayos más o menos serviles; todo uniforme es librea, como todo sueldo es propina.

Odiemos, pues, a las autoridades por la única razón de serlo: con el sólo hecho de solicitar o ejercer mando, se denuncia la perversidad en los instintos. El que se figura tener alma de rey, posee corazón de esclavo; el que piensa haber sido creado para el señorío, nació para la servidumbre. El hombre verdaderamente bueno y libre no pretende mandar ni quiere obedecer: como no acepta la humillación de reconocer amos ni señores, rechaza la iniquidad de poseer esclavos y siervos.

M. González PRADA.

ALVARO YUNQUE

MANUEL GONZALEZ PRADA

En el injusto olvido que, a fuer de iconoclasta, se conquistara, murió en su tierra natal del Perú, Manuel González Prada; tribuno inspirado, prosador vigoroso, caballero andante de la verdad. Para muchos y no de los más legos en achaques de literatura, su nombre les será totalmente desconocido; no es extraño: desdeñoso de la vanagloria, demasiado entero y fuerte para mendigar, se recluyó en el silencio al que la malévolos ingratitude de los hombres lo condenara. No gustan éstos que se les desgarran los vestidos con que la vanidad los decora, y se les deje al descubierto las pústulas ni menos que se les embadurne de lodo la máscara hipócrita: son actos que jamás olvidan; si quien los hace, como González Prada, tiene garras y músculos poderosos, le temen, no se le enfrentan; pero le responden con la calumnia vil o el sistemático silencio que acaba por echarles como una losa tumbal en vida. Ello aconteció a este justiciero, a este rebelde magnífico; mas si el mezquino rencor de sus contemporáneos lo lapidó, tenga su pensar un eco amoroso en los hombres libres del futuro.

Una doble misión llenó en vida, social y literaria, aunque se compenetraban una en otra fundiéndose en el mismo troquel, al calor de su combativo temperamento. Con él animó sus actos de hombre y con él las páginas turbulentas, pletóricas de sus libros.

Fué escritor y tribuno, simbolizó en un momento la conciencia del pueblo peruano, fué la suya la voz vengadora y su índice la piqueta que, acusando, demuele; fué poeta y pensador; pero, sobre todo, fué un revolucionario: austero, sin claudicaciones, tenaz, sin acomodamientos.

Tronó desde la tribuna contra la sociedad dirigente del Perú que había lanzado a la nación en una guerra desastrosa, la del Pacífico; díjoles, con un empuje de bárbaro, rudas verdades a esos explotado-

res del proletariado indio, a esos militares incapaces que se habían hecho derrotar, a esos beatones fanáticos y a esos sacristanes hipócritas que habían humillado a un pueblo, asesinandolo primero y vendiéndolo después.

Le intentaron responder; ¡fué de verlo entonces a aquel hombre solo, a aquel titán, arremeter contra la liliputia confabulada! Y qué confabulación: de chocheos contra su juventud; de cobardías contra su valor, de rémoras contra su pujanza, de ñoñeces contra su brío, de eufemismos de eunucos y académicos contra su bizarría de escritor viril y original! ¿Lo vencieron? ¡No!, ¡qué habían de vencerlo! Pasada aquella tromba de polvo y basuras, aquietados los sayones, enmudecidos los lacayos vocingleros, calló él; y calló de asco, simplemente.

Mas cómo temblaba aquella cáfila de la zahurda gubernativa y del lugar común académico, formada de patriotas enriquecidos en el peculado, de clérigos cazurros, de poetillas palabreros, de nulidades acatadas; cuando su voz recia, de vez en vez, alzabase desde su silencioso retiro y enrostraba a esa canalla la miseria moral que escondían sus oropeles!

Tronó desde el libro contra la mascarada de los microcéfalos metidos a escritores, contra toda aquella "congestión de palabras y anemia de ideas", como él la calificó, y que hacía del arte algo indigno y grotesco. Estaba hecho a las tormentas, tenía alas potentes para hendirlas y remontarse, y se elevó por sobre aquella tormenta de vituperio que se le fué encima.

El momento en que actuó fué propicio para el despertar de sus innatas cualidades de satírico; pero quizás por ello también no ha dejado una obra calificada, pues, aun cuando brindó en la crítica algunos perfiles de mano maestra, su obra se resiente en todo instante de inspiración polemista, acerada, a veces

injusta, valiente, honrada y noble siempre. Lo raro le envolvía, sus pulmones, ávidos de oxígeno, se ahogaban allí, ¿cómo no iba a hacer sonar su protesta airada? Tronó contra el clorótico Catalina, contra el enteco Selgas, contra el planchado Valera, contra éste, sobre todo, tiene párrafos de una certeza admirable. Quizá hoy poco nos dicen algunos de esos nombres, a causa de la transmutación de valores operada; pero en aquella época representaban el purismo en la poesía, la crítica, la oratoria, y en sus más altos exponentes; arremeterlos era atraerse el odio de sus infinitos adoradores: un gesto de valor.

Y no es que sus críticas fuesen demolidoras; bien que su entusiasmo fácil vibraba al llorar a Hugo — ¡Padre! — o al estudiar a Clarín, franco. ¿No tuvo también elogios excesivos, no puso a Campoamor al lado de Tennyson, de Leconte de L'Isle? ¿No revelaba ese ditirambo una pasión generosa que le ofuscaba la reflexión tan despierta en él siempre?

Su estilo es un instrumento templado maravillosamente para su virilidad; el período opulento, rotundo, se embellece con imágenes de una magnética atracción; no es que sea hinchado, su amplitud es robustez, músculo prieto, capaz de desjarretar toros; corre sangre entre las palabras, es cálido, brillante y, al par, sobrio y recio: diríasele un mármol brotado de flores y musgos. La emoción, el entusiasmo, el amor y el odio le dan vida humana y desbordante; son ideas las que porta, ideas audaces, novísimas, juveniles... ¡Qué pedrea en la charca limeña, qué hervidero en los salones de esa Lima santona, qué transfusión de sangre arterial en esa caquexia, qué conmoción en la sacristía de la ciudad apegada a los convencionalismos y etiqueterías de la época virreinal! Como que por primera vez oían a un hombre, no a un literato, como que ese no hacía los pininos a que estaban acostumbrados por los rimadores que plagiaban a las momias de la Real Academia o los que, con dos ideas apollilladas y una metáfora cursi, expectoraban sonoros libracos. ¡Y vaya el hombre que les había tocado a los pobrecitos! ¡Como para no huirle, como para no arrojarle silencio a puñados, ya que no podían echarle a paladas, tierra!

Minúsculas, Exóticas y Presbiterianas, en verso. *Páginas Libres, Horas de Lucha y La Biblioteca Nacional*, en prosa; suman su labor publicada; asegúrase que existe mucha inédita, obra de bien sería darla a la luz para que la gallarda figura del escritor americano proyecte su influencia en la plenitud de su talla.

Con González Prada ocurre lo que con otros grandes y aun poéticos prosistas; y es que no pueden escribir en verso o que, si escriben, su labor metrificada hállase muchos grados por debajo de su prosa. Raramente el calor ardoroso que anima al prosista González Prada, corre por sus versos, desmayados, no pocas veces cerebrales, revelando el esfuerzo que le costara hacerles y que, tan artísticamente, en su prosa sabe ocultar.

Y eso que él no tenía el errado concepto que otros tienen de la poesía, considerándola como algo alejado del vivir diario, algo como un jardín florido, lleno de umbrías y gargoleantes fontanas, algo íntimo de juguete, en fin, y, por decirlo todo, falso, medido,

insincero, artificial. Algo al que, por restarle prosaísmo, le restan vida también; y así son sus versos, mariposas de vitrinas, muy vistosas; pero que no dejan de ser cosa muerta: un soplo las pulverizaría.

Muy contadas veces, el luchador González Prada, lleva a sus versos la musa desmelenada y justiciera de sus prosas; creemos que se traicionó a sí mismo, mutilando sus alas capaces de alcanzar las cumbres épicas. Claro está que sus versos no son malos, que muchas veces consiguen emocionar; mas es la visión del prosador que es él la que dicta la severidad de esta apreciación.

Tendrá, empero, un relevante valer: el de haber intentado metros desconocidos en castellano y que él fuera a buscar en literaturas extranjeras y de remotas edades; ensayó así: el Triolet, el Rondeau y el Rondel de los franceses; el Rispetto de los italianos; la Espenserina de los ingleses; y aún la Balata, el Estornelo, el Pantum y el tan venido a menos en manos de los medioches, el tan negado por la casi unanimidad de los críticos, el Versolibrista francés, que él llamó Polirrimo.

Revela, pues, González Prada, en esas innovaciones, el libérrimo espíritu que en todas sus empresas le acompañara. Y se le deben tener en cuenta.

Páginas Libres es un haz de conferencias, discursos, críticas y meditaciones. En las conferencias y discursos se refleja su tumultosa acción cívica; en las críticas, su afilado bisturí desgarrar sin compasión la carne fofa; y hasta en gramatiquería se aventura, innovando siempre!; en las meditaciones, su actitud se hace más serena, aun cuando no es la que mejor le cuadra. Este libro es un derroche de fuerza y de juventud, es tropical, en el sentido de arborescencia exuberante y robusta. El lector atento, el que acosumbra acotar las márgenes, no deja descansar su lápiz, tanto es lo que subyuga y tanto lo que sugiere. Pálpase en él al hombre que, ansiosa, desesperadamente busca la verdad; investiga en la ciencia, escruta en la filosofía, sueña, medita, vive en una perenne inquietud de saber, y así es como se explica que González Prada, de su liberalismo juvenil, llégase al anarquismo en la ancianidad. Vivió en una renovación perpetua.

Y *Páginas Libres* es generoso, entusiasta y transmite esa generosidad y ese entusiasmo en una como inyección de energías; se ve al hombre que lo escribió, torturados los nervios, hirviendo la sangre y es, por todo ello, altamente simpático. Esta es su más preclara cualidad, la de establecer con su lector una corriente de franca simpatía; es, para objetivarle, sonoro, vibrante y estridente como un clarín.

El nombre de su autor, trae a las mentes el de Montalvo, aquel otro noble meditativo que, como González Prada, embocó su sonoro instrumento contra la barbarie; el de Sarmiento, aquel púgil que escrutaba el futuro con mirada aguileña y rugía sus ensañaciones; el de Barrett, aquel cálido artista que abrió un surco de meditación en el yermo de la frivolidad periodística: ¡Hombres así deben venerarse en América, donde ya es tiempo que se aprenda a desdeñar a los rufianes de la política y el machete!

Manuel González Prada debe ser considerado un Maestro, son ejemplares su vida y su obra; no deslu-

ce su nombre grande, puesto al lado de los grandes. Tuvo el don artístico como Montalvo, el ímpetu como Sarmiento y la hondura como Barrett. Su verbo brioso debe hallar un eco en la juventud americana si ésta quiere pensar, si ya se halla harta de esa turba multa de pavipollos que hacen de literatos y perogrullos que hacen de filósofos como pudieran hacer de clownes.

Y es oportuna la hora, ¡a fe!; la tragedia nos está quemando el rostro, iluminándonos las llamaradas del incendio donde ardió una civilización decrepita, atruénanos aún los oídos, más que el tronar de la metralla asesina, el del social derrumbamiento. La hora es hermosamente homérica. No faltaba más que, en bonitos jardines, a la luz de faroletes a la veneciana, nos diera por seguir cantando madrigales a la luna o galanteos a las colombinas o danzando al son del sistro mitológico como cacatúas o pulcinelas...

Un programa

Para combatir la dictadura militar del coronel Oscar R. Benavidez, González Prada, después de renunciar a la dirección de la Biblioteca Nacional, sacó un periódico "La Lucha", cuyo primer número es del 6 de junio de 1914 (Lima). Transcribimos su breve editorial del primer número, que es todo un programa:

El nombre de esta publicación nos exige del programa.

Venimos a luchar por los derechos del ciudadano contra las iniquidades de la soldadesca, por los fueros del racional contra las embestidas del bruto.

Entre los orangutanes pueden reinar el estacazo y el mordisco, entre los salvajes se concibe la trampa y la flecha; entre los hombres civilizados no cabe más imperio que el de la razón y la justicia.

Invocar esa razón y esa justicia, encararse a los tiranuelos de ópera bufa, valerse de todos los medios posibles para lavar la ignominia de un régimen africano, es hoy el deber ineludible de los que no han perdido la dignidad ni la vergüenza.

A los noventa años de independencia, no se debe admitir el reinado de un segundo Behanzín o de un nuevo Souluque.

M. G. PRADA.

Imágenes

—Las ideas en el cerebro son serpientes enroscadas en el interior de un frasco.

—El estilo no es más que sangre de las ideas.

—El liberalismo católico representa en el orden moral el mismo papel que en el orden físico representaron los lagartos voladores de la época secundaria; organismos con alas de pájaro y cuernos de reptil, seres que hoy vuelan y mañana rastrean.

—El clericalismo conduciendo a la monarquía es el ciego cargando al paralítico.

—El poeta legítimo se parece al árbol nacido en la cumbre de un monte: por las ramas, que forman la imaginación, pertenece a las nubes; por las raíces, que constituyen los afectos, se liga con el suelo.

—Los hombres de genio son cordilleras nevadas; los imitadores no pasan de riachuelos alimentados con el deshielo de la cumbre.

—Imitar equivale a moverse y fatigarse en el vagón de un ferrocarril: nos imaginamos realizar mucho y no hacemos más que seguir el impulso del motor.

—La poesía de Heine es un vaso de hiel con bordes azucarados.

—Vestidos siempre de negro desde los pies a la cabeza, arrojados en la sotana, los clérigos no parecen hombres que se mueven como nosotros, sino ataúdes que marchan solos.

*Pienso y me duele
Hay dos sencillos placeres
Que me me tranquilizan en cansancio:
El de ver huir las nubes
Y el de ver rodar las aguas;*

*Nunca apesadumbrado contemplo
Que las nubes más duradas
Y las aguas más seroras
En mayor carrera pasan.*

*Rápidamente, en la vida,
Huyen gozos y esperanzas,
Como en el cielo las nubes,
Como en la tierra las aguas.*

*Rápidos huyen los años,
Mientras vuela y desgracias
Tienen toda la forma
De granate y mirabilis.*

Septiembre de 1911

Fascimil autógrafo de M. G. Prada, tomado del álbum de Pietro Ferrari, escritor y poeta rebelde, uno de sus pocos amigos fieles.

EL INTELLECTUAL Y EL OBRERO

(Discurso leído el 1º de mayo de 1905 en La Federación de Obreros Panaderos.)
Señores:

No sonrían si comenzamos por traducir los versos de un poeta.

"En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece a los rayos del Sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante.

"El gañán, bañado de sudor y jadeante, agujonea los bueyes; mas de súbito se detiene para decir a un joven que llega entonando una canción:

"—¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando, mientras yo, desde que nace el Sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo.

"—¡Cómo te engañas, oh labrador! responde el joven poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma".

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigo en los campos como al derramar ideas en los cerebros, que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero, ¿existe acaso una labor puramente cerebral y un trabajo exclusivamente manual? Piensan y cavilan: el herrero al forjar una cerradura, el albañil al nivelar una pared, el tipógrafo al hacer una compuesta, el carpintero al ajustar un ensamblaje, el barretero al golpear en una veta; hasta el amasador de barro piensa y cavila. Sólo hay un trabajo ciego y material: el de la máquina; donde funciona el brazo de un hombre, ahí se deja sentir el cerebro. Lo contrario sucede en las faenas llamadas intelectuales: a la fatiga nerviosa del cerebro que imagina o piensa, viene a juntarse el cansancio muscular del organismo que ejecuta. Cansan y agobian: al pintor los pinceles, al escultor el cincel, al músico el instrumento, al escritor la pluma; hasta al orador le cansa y le agobia el uso de la palabra. ¿Qué menos material que la oración y el éxtasis? Pues bien: el místico cede al esfuerzo de hincar las rodillas y poner los brazos en cruz.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro wagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerio donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores.

Ustedes (nos dirigimos únicamente a los panaderos), ustedes velan amasando la harina, vigilando la fermentación de la masa y templando el calor de los hornos. Al mismo tiempo, muchos que no elaboran pan velan también, aguzando su cerebro, manejando la pluma y luchando con las formidables acometidas del sueño: son los periodistas. Cuando en las prime-

ras horas de la mañana sale de las prensas el diario número y tentador, a la vez que surge de los hornos el pan oloroso y provocativo, debemos demandarnos: ¿quién aprovechó más su noche, el diarista o el panadero?

Cierto, el diario contiene la enciclopedia de las muchedumbres, el saber propinado en dosis homeopáticas, la ciencia con el sencillo ropaje de la vulgarización, el libro de los que no tienen biblioteca, la lectura de los que apenas saben o quieren leer. Y ¿el pan? símbolo de la nutrición o de la vida, no es la felicidad, pero no hay felicidad sin él. Cuando falta en el hogar, produce la noche y la discordia; cuando viene, trae la luz y la tranquilidad: el niño le recibe con gritos de júbilo, el viejo con una sonrisa de satisfacción. El vegetariano que abomina de la carne infecta y criminal, le bendice como un alimento sano y reparador. El millonario que desterró de su mesa el agua pura y cristalina, no ha podido sustituirle ni alejarle. Soberanamente se impone en la morada de un Rothschild y en el tugurio de un mendigo. En los lejanos tiempos de la fábula, las reinas cocían el pan y le daban de viático a los peregrinos hambrientos; hoy le amasan los plebeyos y como signo de hospitalidad, le ofrecen en Rusia a los zares que visitan una población. Nicolás II y toda su progenie de tiranos dicen cómo al ofrecimiento se responde con el látigo, el sable y la bala.

Si el periodista blasonara de realizar un trabajo más fecundo, nosotros le contestaríamos: sin el vientre no funciona la cabeza; hay ojos que no leen, pero no hay estómagos que no comen.

II

Cuando preconizamos la unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que a título de una jerarquía ilusoria, el intelectual se erija en tutor o lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerce función más noble que el músculo, debemos el régimen de las castas: desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrojan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de creer y trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Mas de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo de Sol que penetra en la oscuridad del bosque.

El mayor inconveniente de los pensadores — figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen. Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanza a conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones

geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en el terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

¿Qué persigue un revolucionario? Influir en las multitudes, sacudir las, despertarlas y arrojarlas a la acción. Pero sucede que el pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la Historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo. Así, Lutero retrocede acobardado al ver que su doctrina produce el levantamiento de los campesinos alemanes; así, los revolucionarios franceses se guillotinan unos a otros porque los unos avanzan y los otros quieren no seguir adelante y retrogradar. Casi todos los revolucionarios o reformadores, se parecen a los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron a fuerza de chillidos. Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar a sus conductores; no comienza por el sacrificio pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

Toda revolución arribada tiende a convertirse en gobierno de fuerza, todo revolucionario triunfante degenera en conservador. ¿Qué idea no se degrada en la aplicación? ¿Qué reformador no se desprestigia en el poder? Los hombres (señaladamente los políticos) no dan lo que prometen, ni la realidad de los hechos corresponde a la ilusión de los desheredados. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonrados son sus propios caudillos.

Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones. Pero modificarse con los acontecimientos, expeler las convicciones vetustas y asimilarse las nuevas, repugnó siempre al espíritu del hombre, a su presunción de creerse emisario del porvenir y revelador de la verdad definitiva. Envejecemos sin sentirlo, no quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos a confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascensión de la montaña. Casi todos vivimos girando al rededor de féretros que tomamos por cunas o morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa. Nos parecemos a los marineros que en medio del Atlántico decían a Colón: *No proseguiremos el viaje porque nada existe más allá*. Sin embargo, más allá estaba la América.

Pero, al hablar de intelectuales y de obreros, nos hemos deslizado a tratar de revolución. ¿Qué de raro? Discurríamos a la sombra de una bandera que tremola entre el fuego de las barricadas, nos vemos rodeados por hombres que tarde o temprano lanzarán el grito de las reivindicaciones sociales, hablamos el 10 de Mayo, el día que ha merecido llamarse la pascua de los revolucionarios. La celebración de esta pascua, no sólo aquí, sino en todo el mundo civilizado, nos revela que la Humanidad cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios ra-

dicales. Nadie espera ya que de un parlamento nazca la felicidad de los desgraciados ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos: la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes.

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes, quedan relegadas a segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la *cuestión social*, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz: la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama a la Humanidad a la posesión y beneficio de la tierra.

III

Si antes de concluir fuera necesario resumir en dos palabras todo el jugo de nuestro pensamiento, si debiéramos elegir una enseña luminosa para guiarnos rectamente en las sinuosidades de la existencia, nosotros diríamos: *Seamos justos*. Justos con la humanidad, justos con el pueblo en que vivimos, justos con la familia que formamos y justos con nosotros mismos, contribuyendo a que todos nuestros semejantes cojan y saboreen su parte de felicidad, pero no dejando de perseguir y disfrutar la nuestra.

La justicia consiste en dar a cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos, pues, a nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la Tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar, no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable. Se compara la vida del hombre con un viaje en el mar. Si la Tierra es un buque y nosotros somos pasajeros, hagamos lo posible para viajar en primera clase, teniendo buen aire, buen camarote y buena comida, en vez de resignarnos a quedar en el fondo de la cala, donde se respira una atmósfera pestilente, se duerme sobre maderos podridos por la humedad y se consume los desperdicios de bocas afortunadas. ¿Abundan las provisiones? pues todos a comer según su necesidad. ¿Escasean los víveres? pues todos a ración, desde el capitán hasta el ínfimo grumete.

La resignación y el sacrificio, innecesariamente practicados, nos volverían injustos con nosotros mismos. Ciertamente, por el sacrificio y la abnegación de almas heroicas, la Humanidad va entrando en el camino de la justicia. Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la Historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad a la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del amor. Si el hombre pudiera convertirse en sobrehumano, lo conseguiría por el sacrificio. Pero el sacrificio tiene que ser voluntario. No puede aceptarse que los poseedores digan a los desposeídos: sacrificense y ganen el cielo, en tanto que nosotros nos apoderamos de la Tierra.

Lo que nos toca, debemos tomarlo porque los monopolizadores, difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque espontáneo. Los 4 de Agosto encierran más aparato que realidad: los nobles renuncian a un privilegio, y en seguida reclaman dos; los sacerdotes se despojan hoy del diezmo, y mañana

exigen el diezmo y las primicias. Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo: una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades de hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa *el primer propietario*. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentor del suelo y el primer fratricida se vale de esa coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato*.

Pues bien: si unos hieren y no razonan, ¿qué harán los otros? Desde que no se niega a las naciones el derecho de insurrección para derrocar a sus malos gobiernos, debe concederse a la Humanidad ese mismo derecho para sacudirse de sus inexorables explotadores. Y la concesión es hoy un credo universal: teóricamente, la revolución está consumada porque nadie niega las iniquidades del régimen actual, ni deja de reconocer la necesidad de reformas que mejoren la condición del proletariado. (¿No hay hasta un socialismo católico?) Prácticamente, no lo estará sin luchas ni sangre, porque los mismos que reconocen la legitimidad de las reivindicaciones sociales, no ceden un palmo en el terreno de sus conveniencias: en la boca llevan palabras de justicia, en el pecho guardan obras de iniquidad.

Sin embargo, muchos no ven o fingen no ver el

NUESTRA ARISTOCRACIA

Los Jesuitas (que tienden a monopolizar la dominación de los ricos) divulgan desde el púlpito que la Iglesia es aristocrática, pues "Jesucristo descendió del Rey David"; y que "si la incredulidad revela casi siempre el origen plebeyo de un hombre, la adhesión al Catolicismo sirve de probable indicio para descubrir la sangre azul". Y ¡ya tenemos a ciertas gentes de Lima echándola de buenas católicas por darse humos de aristócratas!

¿Aristocracias en el Perú! ¿Quién no sonríe cuando las *notas sociales* de los diarios nos describen una *matinée* o una *kermesse* donde asistió *lo más granado de la aristocracia limeña*? Aquí no existe más línea de separación que la trazada por el dinero ni se conoce más nobleza que la especie de mazorca formada por los descendientes de logreros enriquecidos en la Consolidación, el huano y el salitre. Olvidábase a otros nobles: los hacendados o cañaveleros. La nobleza de los logreros debe tener en sus blasones una mano introducida en un saco; la de los cañaveleros, un brazo blandiendo un azote en las posaderas de un chino.

La sangre española va desapareciendo en las uniones *morganáticas* y en los misterios libidinosos de las alcobas, de modo que el menos *africanizado* de nuestros jóvenes aristócratas posee blancura de bayalde con un diez por ciento de brea. A los *black minstrels* de Estados Unidos se les descubre lo anglosajón a pesar del betún que les embacurna la cara; a nuestros hidalgos se les nota lo berberisco al través del forro blanco: no han perdido más que el pigmento y la *vedija*. Los unos parecen harina flor en costales alquitranados, los otros semejan carbón de piedra en sacos de armíño.

Todo el que en Lima entra a un salón aristocráti-

co donde se hallen reunidas unas diez o doce personas, puede exclamar sin riesgo de engañarse: "Saludo a todas las razas y a todas las castas". Somos una paleta donde se mezclan todos los colores, un barril donde se juntan los vinos de todos los viñedos, una inmensa cuba donde fermentan los detritus de Sem, Cam y Jafet. Y lo repetimos sin ánimo de ofender, pensando que de esa mezcolanza o fusión, donde tal vez predominen las buenas cualidades y se anulen las malas, puede surgir una síntesis humana, algo muy superior a lo antiguo y a lo moderno. En tanto ¿qué es Lima? una aldea con pretensiones de ciudad. ¿Qué es Lima? una aldea con pretensiones de ciudad. ¿Qué es Lima? una aldea con pretensiones de ciudad. ¿Qué sus casas? unos galpones con infulas de palacios. ¿Qué sus habitantes? unas cuantas lechigadas de negroides, choloides y *epifanios*, que se creen grandes personajes y figuras muy decorativas porque los domingos salen a recorrer la población, ostentando sombreros de copa, levitas negras y bastones con puño de oro.

Como nuestras bisabuelas tuvieron inclinación a la coronilla y al *cordobán*, los peruanos (señaladamente los limeños) venimos de capellanes y caleseros. No se quedaron atrás los bisabuelos al profesar el principio que, *si a más no poder, las blancas están buenas para mujeres legítimas, las negras y las mulatas sirven mejor para mancebas*. A medida que las gentes poseían más riqueza y, por consiguiente, mayor número de esclavos, era mayor el roce de las hijas o hijos de los amos con los hijos o hijas de los negros. Si las antiguas recámaras pudieran hablar! Para disimular el escándalo de los *frutos* nacidos en esa promiscuidad porcina, se inventó la famosa teoría de los *vientres sucios* y los *vientres limpios*. Cuando en el matrimonio de dos negros (hermosas muestras de carbón animal) nacía un chico más próximo a la

nieve que al tizón, el buen taita fruncía la jeta; pero endulzaba el gesto apenas un comadrón le aseguraba que la señora negra tenía *vientre limpio*. Al revés, si de dos españoles nacía un muchacho con matiz de chocolate o ladrillo, el papá (algún señor marqués de tlic y gagueo) ponía cara alegre y se tragaba el hijo, si la comadrona le juraba que madama la marquesa tenía *vientre sucio*.

Los cholos y los mulatos (nacidos por lo general de hombre blanco y de mujer amarilla o negra) adquieren el orgullo del padre, blasonan de alta alcurnia y desdennan a la madre. En Lima, donde los más encopetados miembros de la *high life* son hipotéticamente blancos, no se imagina oprobio mayor que guardar en las venas un poco de sangre indígena o africana; y por eso, cuando riñen dos limeños y agotan el diccionario de los insultos, apelan a tratarse de zambos o de cholos: el zambo y el cholo equivalen a un cartucho de dinamita.

Si las divinidades egipcias brotaban en jardines y huertos, los nobles peruanos nacen donde todos sabemos. La pululación del microbio nobiliario va en aumento, en vez de menguar con la vida republicana: es una epidemia nacional. En tiempo de las guerras napoleónicas, las lavanderas y cocineras, transformadas rápidamente en generalas y mariscalas, se inflaron de tal orgullo que repantigándose en los sofás de las Tullerías, exclamaban: *Maintenant, c'est nous qui sont les princesses*. Dentro de poco, las hijas de un marqués calafate o de un conde pulpero, dirán regodeándose en los sillones de Palacio: *Nosotras somos la aristocracia*. El Perú corre parejo con Italia, donde, según nos cuenta un viajero francés hay que dirigirse a los mozos de fonda gritándoles: Oye, príncipe, dile al marqués que me llame al conde para que me embetune los zapatos.

Cuando al estallar la guerra de los Estados Unidos con España, algunos de nuestros *negroides* vociferaban contra los Yankees y se golpeaban el pecho, diciendo que para ellos la guerra hispano-americana era una cuestión de raza, nosotros sonreíamos y murmurábamos interiormente, recordando al personaje de una ópera bufa: "Hay gentes que se titulan españolas, y maldito lo que de españolas tienen".

II

Jacinto O. Picón declara en una de sus novelas: "Yo tengo la preocupación de creer que no hay español que no tenga en las venas sangre de fraile... Siempre que se me ocurre una idea mala, digo: esto es atavismo, reminiscencia del padre Tal o Cual, que debió de tener algo con alguna de mis abuelas" Y Rodrigo Soriano escribe en sus *Flores Rojas*: "Los españoles, cuando no tienen carlistas con que pelear, inventan moros. Al fin y al cabo, todo es guerra civil, sea carlista, sea moruna". Por confesión de dos escritores españoles, los hijos del Cid no tienen *la sangre azul del germano ni la roja del francés*, sino un compuesto de suero entintado y glóbulos rojos con bonete.

Y como, en vez de mejorar el compuesto, le hemos empeorado, ya se comprende la religiosidad, o mejor dicho, el catolicismo y la frailería de las matronas y los caballeros que en nuestra sociedad aspiran a titularse la flor y nata: por atavismo van a la sacris-

tía, como fué su ascendiente el capellán; por atavismo acuden también a las hermandades religiosas, como asistió a la cofradía su devoto progenitor el bozal. Cuando alguno me afirma que sin religión no se concibe moralidad ni buenos sentimientos, yo me digo: tú me denuncias tu procedencia sacerdotal. Cuando algún otro me sostiene que al revolucionario se le debe exterminar sin misericordia, yo pienso: tú me revelas a tu abuelo el cafre.

Siempre se alabó la docilidad de los bozales para convertirse al catolicismo. Nada más lógico. El hombre ignorante y primitivo no se aviene a los cambios radicales y violentos, sobre todo en el orden religioso: con ligaduras de hierro, vive amarrado a las creencias inmemoriales. Por lo difícil de vencer la tradición y de introducir en un cerebro salvaje las ideas de un hombre civilizado, no se hace de un fetichista un librepensador. El negro se convertía fácilmente a la religión de su amo porque no saltaba de una creencia vulgar a otra sublime y diametralmente opuesta: la doctrina enseñada por el sacerdote guardaba mucha similitud con las supersticiones de las tribus africanas.

La adhesión al catolicismo, en vez de probar el origen aristocrático de un hombre, denuncia su africanismo. La intensidad del fervor religioso crece en proporción a la oscuridad de la piel: así, el negro puro excede en religiosidad al cuarterón, el cuarterón al octavón, el octavón al blanco. Midiendo, pues, la religiosidad de una matrona limeña, se hará el porcentaje de la sangre africana contenida en sus venas. Y los hechos lo constatan. ¿Quiénes asisten con más entusiasmo a procesiones y fiestas católicas? Toda religión nace de la cabeza y muere en los pies. Cuando el paganismo dejó de ser creencia popular, había desaparecido ya de los cerebros ilustrados. El catolicismo, llamado a sucumbir como su hermano el paganismo, no es ya creencia de sabios ni de filósofos: a semejanza del árbol en invierno, vive de la savia almacenada en sus raíces.

Emile Burnouf ha sentido un principio: "El abandono de las ortodoxias comienza siempre por las clases elevadas, quiere decir, instruidas, porque el saber que a un hombre le liberta de la ortodoxia, le coloca al mismo tiempo en esas clases". Del principio de Burnouf se deduce que toda clase donde predomina el fanatismo no merece llamarse alta o superior, sino baja o inferior. Los que en el orden social se arrojan el título de personas decentes o clases elevadas suelen representar a la verdadera plebe en el orden intelectual o moral. Un negro y un indio pobres, mas instruidos y desfanatizados, pertenecen a clase más elevada que un blanco noble y rico, mas ignorante y supersticioso. El ser hombre no depende tanto de llevar figura humana como de abrigar sentimientos más depurados que los instintos de un animal inferior. ¿Cuántos nobles y ricos distan menos de un chimpancé o de un gorila que de un Spencer o de un Tolstoy!

Resumiendo: los católicos del Perú no deberían enorgullecerse de su catolicismo, sino avergonzarse de él como de un estigma hereditario: les prueba que si por la raza son *negroides*, por la intelectualidad son plebe.

1904.

M. GONZALEZ PRADA — 1904

MUSA PRADARIANA

LOS CAPITALISTAS

*Son los cadetes de la Gascuña
Que a Carbón tienen por capitán,
Círano de BERGERAC.*

Son los feroces capitalistas
Que un dólar llevan por corazón.
Despiadados en sus conquistas
Son los feroces capitalistas.
Siempre teniendo quijadas listas
Para pegarnos el mordiscón,
Van los feroces capitalistas
Que un dólar llevan por corazón.

Son los hipócritas, son los felinos
Que hacen a bombo la caridad.
Muy obsequiosos y muy ladinos,
Son los hipócritas, son los felinos.
Si no se lanzan a los caminos,
Es porque operan en la ciudad.
Esos hipócritas, esos felinos
Que hacen a bombo la caridad.

Garras de tigre, dientes de lobo,
Sedan por labios que arrojan miel.
¡Cuánto celebran lo honesto y probo,
Garras de tigre, dientes de lobo!
No ven delito mayor que el robo
Ellos que viven gozando d'él.
Garras de tigre, dientes de lobo,
Se dan por labios que arrojan miel.

Son los verdugos del proletario,
Los que le exprimen sangre y sudor.
Siempre celosos del monetario,
Son los verdugos del proletario.
Lucen por fuera lo humanitario,
Mas dentro guardan odio y rencor.
Esos verdugos del proletario,
Los que le exprimen sangre y sudor.

Dueños de casas, dueños de tierras,
Dueños se harían de aire y de Sol.
Son, de los mares hasta las sierras,
Dueños de casas, dueños de tierras.
Siembran rencores, atizan guerras
Y a un hombre matan por una col.
Dueños de casas, dueños de tierras,
Dueños se harían de aire y de Sol.

Son unos pocos; mas, atrevidos,
Al mundo entero dictan la ley.
Esos tiranos, nunca vencidos,

Son unos pocos, mas atrevidos.
Van acatados, van aplaudidos,
Viendo a sus plantas obispo y rey,
Pues, aunque pocos, son atrevidos
Y al mundo entero dictan la ley.

¡Fuera esos duros capitalistas
Que un dólar llevan por corazón!
¡Surjan las almas nobles y altruistas!
¡Fuera esos duros capitalistas!
¡Campo a las justas, grandes conquistas!
¡Campo a la santa revolución
Contra esos duros capitalistas
Que un dólar llevan por corazón!

LA GUERRA

De las cimas de los montes
A las cuencas de los valles,
En barrancos y laderas,
Se amontonan los cadáveres.
Ya no tienen sed los cuervos
Ni los lobos tienen hambre.
Para el cuervo y para el lobo
Guardáis los hijos, oh madres.

El cañón asorda el viento;
Y en sombrías espirales,
De la tierra en fuego y llamas,
El humo asciende a los aires.
En todas partes la ruina,
El horror en todas partes.
Para el horror y la ruina
Tenéis los hijos, oh madres.

En derruida casa, un perro
Lanza aullidos funerales;
Está vacía la cuna;
Y, ya rígido cadáver,
Con la soga echada al cuello,
De una viga cuelga el padre.
Para víctimas del crimen
Tenéis los hijos, oh madres.

Al umbral, en cruz los brazos,
Hacia la tierra el semblante,
Con una herida en el pecho,
Estuprada virgen yace.
En los quince florecía
Y era el lirio más fragante.
Para el sátiro sangriento
Tenéis los hijos, oh madres.

Mas cantan gloria las torres;
Y al son de marchas triunfales,
El **Vencedor aparece**
Hollando ruinas y sangre.
La bullente muchedumbre
Exulta, ríe y aplaude.
Para coro de verdugos
Tenéis los hijos, oh madres.

Pobres madres, no a los cielos
Alcéis manos suplicantes:
Allá nadie os compadece
Porque allá no existe nadie.
Mientras gima esclavo el mundo,
Sed esposas, sed amantes;
Mas para el lobo y el cuervo,
No tengáis hijos, oh madres.

LIBERTARIA

Venid y pisad, oh viajeros,
la nave rebelde
que no iza bandera en sus mástiles,
que flota sin ley y sin Dios.

Las velas tendidas al viento,
recoge sus anclas;
no tiene piloto ni brújula,
no lleva ni quiere timón.

Navigate feliz o perezca,
se arroja a los mares,
se arroja por sirtes y vórtices,
sin Luna, luceros ni Sol.

Con pecho gozoso y altivo,
yo escalo la nave...
oh mar de los libres ¡acógeme!
oh tierra de esclavos ¡adiós!

EL HIMNO DE LAS MUJERES

Venid, compañeras, que el Sol del Estío
Madura las viñas y dora las mieses;
Venid, que resuena por montes y mares
La hermosa y altiva canción del rebelde.

¡No más servidumbre, no más ignorancia!
Tal grito a los aires los hombres arrojan.
¡No más ignorancia, no más servidumbre!
Así respondamos en coro nosotras.

Si ayer en el ara de Dioses mentidos
La frente inclinamos sumisas y mudas,
¡Huyamos la sombra siniestra del templo!
¡Huyamos la innoble sotana del cura!

Rompamos el yugo de hipócritas leyes,
Dejemos la carga de errores seniles,

Y en fuertes abrazos de libres amores,
Lancemos al mundo legiones de libres.
Si al peso del rifle rendidas flaqueamos,
Si arrojo nos sobra mas fuerza nos falta,
¡Blandamos la tea, prendamos la mina,
En medio al rugido de muerte y venganza!

Venid; y agitando la roja bandera,
La roja cucarda prendida en las sienes,
Llevemos al mudo rebaño de esclavas
La hermosa y altiva canción del rebelde.

COSMOPOLITISMO

¡Cómo fatiga y cansa, cómo abruma,
El suspirar mirando eternamente
Los mismos campos y la misma gente,
Los mismos cielos y la misma bruma!

Huir quisiera por la blanca espuma
Y a Sol lejano calentar mi frente.
¡Oh, si me diera el río su corriente!
¡Oh, si me diera el águila su pluma!

Yo no seré viajero arrepentido
Que al arribar a playas extranjeras,
Exhale de sus labios un gemido.

Donde me estrechen generosas manos.
Donde me arrullen tibias Primaveras,
Ahí veré mi patria y mis hermanos.

LA CANCION DE LOS PARIAS

Somos los pobres, los harapientos,
Los que tenemos que trabajar,
Bajas las frentes, mudas las bocas,
Eternamente, sin descansar.
Envilecidos y maltratados
Y sin derechos para implorar
Siempre sufrimos nuestras pobrezaas,
Siempre aplacamos nuestro llorar.

Todos los ricos ven nuestras penas,
Todos contemplan sin compasión
Nuestros dolores, nuestras desgracias,
Sin que se ablande su corazón.
Ya no debemos sufrir más tiempo
Ni los rigores ni la opresión;
Todos altivos lanzar debemos
Gritos viriles de rebelión.

Y en otros días que contemplemos
El triunfo justo de nuestro plan ,
No aguantaremos esclavitudes
Ni sostendremos al holgazán.
Todos seremos libres y hermanos,
Todos tendremos el mismo afán,
En constituirnos fuertes e iguales ,
Sin fraile, rico ni capitán.

Cuando en los aires agita la Idea sus alas de fuego,
Huyen temblando las almas de bonzo y mosquito.
—¡Muera la infame que al mundo disocia!, murmuran los reyes.
¡Muera!, repiten bramando, santones y papas.
Aras y tronos embiste la Idea con vientos de "Fronda":
Aras y tronos retiemblan, vacilan y caen.
—¡Salve a la Diosa que el mundo redime!, prorrumpe el esclavo.
—¡Salve!, responde altanera la grey de vencidos.
¿Que si en la lucha de luz con tinieblas, de vida con muerte,
Bombas estallan, rojean agudos puñales?
Sangre que moja las manos viriles de heroicos rebeldes
Nunca sañpica ni mancha la faz de la Idea.

LA IDEA

Tiemblen al beso de Sol y de aura los lirios del campo,
Y olas envíen de suave fragancia.
Vibren al soplo de amor y justicia los pueblos del mundo,
Y alcen canciones de eterna concordia.
¡Paz a los hombres! A siglos de guerra, de sangre y horrores,
Siga la aurora de un Sol sin ocaso.
Domen las almas el pérfido instinto de lobos y hienas,
Corten las manos sus garras de tigre.
No haya fronteras, y pueblos sin leyes, altares ni tronos;
Sean los hombres amigos y hermanos.
Pueblos del mundo, romped las espadas, rasgad las banderas;
Cesen rencores de tribus y razas.
¡Lancen los pechos el himno glorioso de paz y concordia!
¡Caiga la lluvia de flores y abrazos!

P
A
Z
Y
C
O
N
C
O
R
D
I
A

RONDELES

Humanidad, los odios y venganzas
En vano arrojan un clamor de guerra;
Que henchida de ilusiones y esperanzas,
Tú, por la ruina y el estrago, avanzas
A iluminar y redimir la Tierra.

Sobre la hiel de los rencores viertes
Un bálsamo de amor y de piedad,
Ultima Diosa de la salmas fuertes,
Humanidad.

El miope sér de corazón rastrero
Oponga saña y dolo al extranjero.
Patria, feroz y sanguinario mito,
Excero yo tu bárbara impiedad;
Yo salvo las fronteras, yo repito:
Humanidad.

Oh porvenir, oh Sol sin occidente,
Oh día que mis ojos no verán,
Si es noche de amarguras lo presente
¡Qué júbilo, qué luz resplandeciente
Las horas de mañana irradiarán!

Yo, el átomo nacido de la nada
Para girar en sombras y morir,
Fijo en tus claros reinos la mirada,
Oh porvenir.

¡Quién, sujugando al Tiempo y a la Muerte,
Joven pudiera eternizarse y fuerte;
O en inefable languidez dormir,
Alzar un día la pesada losa,
Y abrir los ojos a tu luz gloriosa.
Oh porvenir.

HAN RYNER

Eliseo Reclus y el problema de la violencia

Treinta años, desde 1876 hasta su muerte, Eliseo Reclus se ha proclamado altamente anarquista. Es verdad que precisaba de buena gana y se decía "anarquista educador". La educación ¿le parecía el único método de progreso y rechazaba toda violencia? Ha respondido a la cuestión en su libro "Evolución, la revolución y el ideal anarquista". Y encuentro en su correspondencia interesantes complementos a su respuesta metódica.

En respuesta — que no es de ningún modo la mía ni tampoco, creo, la de Manuel Devaldes — me agrada una bella sinceridad profunda y la dolorosa inquietud que no se apacigua más que a medias en un noble equilibrio.

Se conoce su teoría sabia e ingeniosa: Evolución y revolución son los dos momentos de un mismo fenómeno. Toda evolución es una acumulación de materia revolucionaria que explotará un día. Toda revolución es el comienzo de una evolución nueva, preparación de una revolución futura.

Pero ¡atención! "Hay evoluciones que se llaman decadencia y revoluciones que son la muerte".

Sin embargo purifiquemos nuestros corazones y, por eso mismo, la futura revolución de la "idea de venganza, tan poco científica, estéril".

Pero tengamos cuidado, "hasta ahora ninguna revolución ha sido completamente espontánea, y es por eso que ninguna ha triunfado completamente. Todos esos grandes movimientos, sin excepción, han sido más o menos dirigidos y por consiguiente no han tenido éxito más que para los directores".

La revolución del todo espontánea, la sola verdaderamente eficaz a los ojos de Eliseo Reclus como a los míos, ¿exigiría todavía la violencia? Yo lo creo y no lo creo. He ahí uno de los puntos en que nos separamos.

Y he aquí otro. Eliseo Reclus aprueba tal violencia defensiva que sin embargo sabe ineficaz. "La dignidad del ciudadano puede exigir de él, en tal o cual coyuntura, que levante barricadas y que defienda su tierra, su ciudad o su libertad". Agrega inmediatamente: "Pero que se imagine resolver la menor cuestión por el azar de las balas. Es en los cerebros y en los corazones donde hay que realizar las transformaciones"... ¿Estamos completamente de acuerdo? No. Su frase no está terminada... "Antes de poner en tensión los músculos y de cambiarse en fenómeno histórico".

La mayor parte del tiempo, parece rechazar tan muerte a un animal o a un hombre. No hago una di-

absolutamente como Tolstoy mismo la violencia individual. En teoría, afirma — tan claramente como yo lo hice en "Sphinx Rouge" — que "todo oprimido, todo desgraciado, todo hombre privado de sol y de aire, de libertad o de estudio, todo ser lesionado en su existencia o en su derecho, todos tienen derecho a levantar la mano contra el opresor". Pero está lejos de censurar al que no usa de ese derecho: "La bondad, la simpatía humana, el espíritu de solidaridad lo impiden". En cuanto al que usa de él, no interesa a Eliseo Reclus: "Alguna rebelión no tiene más que el valor de un hecho diverso".

En 1892, el problema se planteó con precisión y una actualidad agonizante. Bombas, depositadas en casa de no sé ya qué magistrado, habían matado y demolido al azar ahorrando, como casi siempre, al personaje en vista. Eliseo Reclus fue tentado a atribuir el hecho a la policía. En todo caso, esas "fantasías explosivas" no podían ser imputadas a "anarquistas conscientes, a anarquistas que pesan sus palabras y sus actos, que se sienten responsables de su conducta hacia la humanidad entera". Cuando supo la verdad, admiró el "alto carácter de Ravachol", le proclamó "una muy gran figura" y además "un héroe de una magnanimidad poco común". Pero se irritaba contra los que se achispaban con el ejemplo ostentatorio. "Decir que los medios violentos sean los únicos realmente serios, oh, no; tanto vale decir que la cólera es el más serio de los razonamientos". Y condenaba, en la práctica "la violencia impulsiva". Esta ingenua "se precipita en la justicia por la injusticia, ve rojo". Así escribía a Lilly Ziberlin el 7 de junio de 1892. Y el 28 de junio, públicamente, en el periódico "Sempre Avanti" de Liorna, preguntaba: "¿Es necesario ser uno su propio justiciero sin dejarse detener por consideraciones tales como la solidaridad humana, por ejemplo?"

Guardémonos de impulsar a Eliseo Reclus más lejos de lo que quiere ir, hasta el punto en que vamos nosotros mismos. Un corresponsal tolstoyano le recuerda la leyenda de Budha que se deja comer para aplacar el hambre de un desgraciado tigre. "Comprendo ese apólogo — responde. Pero los budhistas no nos cuentan sí, viendo un día a un tigre precipitarse sobre un niño para devorarlo, le dejó hacer también. Según mi opinión, creo que, aquel día, Budha mató al tigre". Relaciónese con lo que escribía nueve o diez años antes: "Yo no comprendo que se dé

ferencia más que cuando se trata de defensa personal o social. Absuelvo al viajero que defiende a sus compañeros matando a un tigre. Absuelvo también al combatiente que, en la sociedad humana, realiza un acto correspondiente".

Ciertamente, yo lo absuelvo también si es de buena fe. Porque el error es cosa humana. El que, en la sociedad, cree realizar un acto correspondiente a la supresión de un tigre se engaña siempre si dispara sobre un hombre. El tigre aquí no es natural, sino creado por la función. ¿Cómo no se da cuenta de ello Reclus, él que ha escrito esta palabra de claridad: "Las instituciones bastan para crear amos"? Abatir a un ministro o a un general no es destruir al tigre gobierno o al tigre ejército. Lo que hace temible al tigre social, es que es un vasto fantasma inaprehensible para nuestras manos, invulnerable para nuestros golpes materiales. Lo que hace al tigre social ridículo es que no es sino un fantasma hecho de mentira y de fuerza robada. Cuando seamos bastante numerosos, mirándolo con risa, rehusando pegar y mentir por él, se desvanecerá ante la luz de nuestros ojos, la justicia de nuestra risa y la valentía de nuestra negativa. Así se ha desvanecido ya ante nuestras miradas y la salud de nuestras burlas el poder coercitivo de las iglesias. Atacar los fantasmas en sus repre-

sentantes no puede, sino al contrario, más que aumentar la cantidad de violencia que hay en el mundo, acrecentar el poder de la violencia, fortificar con leyes de excepción y victorias el fantasma actual o reemplazarlo por un fantasma peor. Los fantasmas jóvenes son los más malos y chocan con más resistencias materiales, y aportan mentiras de esperanza; corazones ardientes se entregan a ellos, que no retroceden ante nada y organizan el terror.

Eliseo Reclus condena "la violencia impulsiva", porque tiene la ingenuidad de "precipitarse en la justicia por la injusticia". ¿Cuándo nos percataremos de este hecho y de sus consecuencias: la violencia revolucionaria es vencida antes por la disciplina conservadora a menos que ella se discipline más fuertemente? Está, pues, condenada a lanzarse hacia la libertad por la agravación de la servidumbre. Aquí el medio destruye el objetivo. Y que no se nos diga que su aplastamiento es provisorio. La tendencia necesaria del poder es afirmarse y extenderse. En tanto que se usen contra él medios violentos, no puede ser derribado sino por un poder más opresivo. Miremos el presente y el pasado. Si los gestos de "la violencia impulsiva" no tienen, como lo constata Eliseo Reclus, más que la importancia de hechos diversos, los de la violencia revolucionaria son más graves y pertenecen a los peores horrores de la historia.

LUIGI FABBRI

¿Solución democrática o solución anarquista?

Poniendo más estrechamente en relación lo que decía recientemente desde estas columnas, a propósito de la posición de los anarquistas frente a los partidos demócratas, con la situación que se ha creado en Italia con el fascismo, — y también en algunos otros países, — hay que convenir que tal posición, aun siendo la misma que en todas partes desde el punto de vista general y como orientación mental y espiritual, no es la misma en el terreno práctico de la lucha contingente que en los países donde la democracia está en el poder.

Nosotros somos enemigos de todos los gobiernos; pero en la práctica, en el campo de los hechos concretos, somos más que todo y antes que todo enemigos del gobierno que tenemos encima, y, en paridad de condiciones, del que nos oprime más y nos roba una mayor suma de libertad. Este es precisamente el caso del fascismo en Italia.

En Italia son enemigos del fascismo, le son contrarios — hablo, naturalmente, de los sinceros y consecuentes consigo mismos, sin disimular que son pocos

y de escasa eficacia — y ocupan por tanto su puesto en la lucha por la libertad incluso los liberales, los demócratas, los republicanos, los social-demócratas, etcétera, que son más o menos abierta y conscientemente hostiles a la revolución social, pero que no por eso dejan de ser adversarios en mayor o menor medida de las formas de gobierno absolutistas, autocráticas y dictatoriales del fascismo.

Dejemos a un lado, aquí la oposición al fascismo del partido comunista, que tiene otra importancia y carácter. Esta es una oposición mucho más real que la democrática y socialdemocrática, tiene un carácter insurreccional y proletario al mismo tiempo que la aproxima por el momento a la oposición anarquista, aun no pudiéndose confundir con ésta por los sistemas y por la desconfianza que inspira su objetivo dictatorial en los amigos de la libertad. Pero el contraste activo y contingente, del momento, es casi nulo, en relación con lo que será en el porvenir, después de un derribo revolucionario del fascismo. Otra cosa, en cambio, ocurre con las oposiciones de-

mocráticas y liberales, con las cuales el contraste es vivo desde ahora.

El anarquismo queda fuera y por encima de ese resurgido litigio, que parecía superado para siempre, entre democracia y autocracia; y es adverso tanto a la una como a la otra, pues la una y la otra son una manifestación de la autoridad y al mismo tiempo una dominación de clase y de casta. Pero, objetivamente consideradas, las formas más democráticas de esta dominación permanecen como un índice del progreso — aunque sea efímero, y siempre en peligro de ser anulado, — realizado en el pasado por la intervención del pueblo en el movimiento social: progreso que no se debe de ningún modo (no se olvide esto nunca) a las teorías, programas y formas en sí de la democracia, que no tiene ningún mérito intrínseco en eso, sino y solamente a la intervención directa popular. Son, en substancia, una resultante de la lucha y de la presión popular sobre el Estado, una transacción a que es constreñida la autoridad de este frente al aumento y al arraigo de las fuerzas de libertad.

Nosotros, revolucionarios libertarios, no debemos ciertamente subordinar demasiado nuestra conducta a la situación contingente, ni dejarnos impresionar excesivamente por la crónica horrible de la reacción fascista, sino aspirar, y prepararnos, a dominar el desenvolvimiento revolucionario italiano en su complejo y más especialmente en su fase conclusiva. Pero sin embargo la realidad efectiva, prolongando las actuales condiciones italianas nos impide en gran parte ese trabajo preparatorio que está en nuestras intenciones, pues lo que va sucediendo en Italia de seis años a esta parte no tiene la simple y sola importancia de la crónica contingente.

Indudablemente con el fascismo y su advenimiento al poder, dialécticamente la situación revolucionaria parecería aventajada en su desarrollo, pues el problema de la lucha se ha esclarecido como problema de fuerza, de insurrección, de revolución. Pero la situación, decimos nosotros, dialéctica no siempre responde a la situación de hecho. Por lo demás, los anarquistas no tenían necesidad del fascismo para persuadirse de que en último análisis la liberación del proletariado será un problema de fuerza. Sin embargo, en la práctica, todo está por ver si, en el acto resolutivo, se hallan que son más fuertes los oprimidos o bien los opresores; y si es en nuestro interés, quiero decir en interés del proletariado y de la libertad, que se desarrolla la situación en el terreno de la fuerza si y cuando los más fuertes resultan los opresores, los enemigos de la libertad. A mí me parece que no. Es decir, me parece que en este último caso se tendría el desenvolvimiento de una situación reaccionaria, es decir lo opuesto a la deseada por nosotros.

En efecto, independientemente de la derrota del momento que, al prolongarse, no puede ser tomada a engaño, en la situación actual italiana se desarrollan dos fenómenos, de carácter político y psicológico al mismo tiempo, que pueden significar una prolongación de la derrota en el porvenir. Por un lado vuelven a ejercitar la antigua sugestión las ilusiones de

mocráticas y socialdemocráticas parlamentarias, a que no faltan siquiera las seducciones de la persecución y del martirio; por el lado opuesto el ejemplo malvado del enemigo excita en una parte de los oprimidos el deseo de imitación, de hacer por rebote otro tanto con el sentido contrario, o sea de pasar de la dictadura terrorista blanca a la dictadura terrorista roja.

En ambos casos el anarquismo sería relegado en derrota si prevaleciesen esas corrientes; y habría que rehacer todo un trabajo de propaganda y de educación para volverlo a llevar al primer plano. Los partidos revolucionarios, especialmente el anarquista, deben estar bien en guardia contra esas ilusiones viejas y nuevas, porque los hechos tienen más fuerza que las teorías más justas, porque hay situaciones intolerables de que todos quisieran salir lo antes que puedan, aunque sepan que el cambio les proporcionaría una mejora superficial y pasajera.

Si la actual reacción fascista en Italia fuese derrotada, culminando en una situación liberal, popular y democrática, eso significaría que la resultante de las fuerzas en juego sería aquella, y no que el mérito corresponde a los partidos liberal, popular o democrático; pero no sería la "victoria", es decir, no sería la victoria anarquista, la victoria de la libertad. Pero como tal eventualidad no podría determinarse sin la intervención de todo el pueblo, sería, no obstante todo una victoria no inútil, aunque limitada y parcial, para la causa de la libertad y de los sucesivos desarrollos de las fuerzas libertarias, proletarias y revolucionarias, que sin embargo deberían por el momento considerarse derrotadas.

No se me entienda mal. Tal eventualidad de la derrota del fascismo sobre un terreno constitucional y estatal, aun pudiendo determinar una situación de hecho menos dolorosa y terrible que la actual, no es indispensable ni, desde el punto de vista anarquista, deseable. El anarquismo, como movimiento colectivo revolucionario, podría desarrollarse, abrirse un camino lo mismo, no sólo en medio de una situación



democrática y en contraste con ella, sino también si la situación actual cayese en el sentido comunista dictatorial. Y no hay que excluir tampoco la hipótesis de que la reacción fascista pueda ser vencida, desembocando en una solución revolucionaria libertaria, lo cual aparece menos probable como eventualidad próxima, pero debe (no podría ser de otro modo) constituir la meta y la guía de la acción de la colectividad anarquista militante.

Pues, en resumen, vayan las cosas como quieran, la realización anarquista es siempre posible, si en todo caso los anarquistas tienden y están preparados a dominar el desenvolvimiento revolucionario con un programa propio, y cuentan ante todo con las propias fuerzas; si los revolucionarios tienen siempre presente la idea precisa que — en relación al objetivo de la liberación humana de todas las tiranías estatales y de clase — los cambios de forma de los gobiernos bur-

gueses son todos equivalentes, que la libertad hay que conquistarla igualmente en régimen liberal o fascista, y que todos los problemas que hay que resolver hoy, frente a la reacción fascista, había que resolverlos igualmente ayer y habrá que resolverlos mañana, cuando nos encontremos frente a un gobierno democrático o socialdemocrático.

Las soluciones parciales pueden ser posibles, y preferibles a ninguna solución; y los anarquistas pueden contribuir también a ellas, pero sólo a condición de no retroceder, de no replegar siquiera una pulgada de la propia bandera. Su eficacia está y estará en razón directa de su coherencia con las propias ideas y con su intransigencia. Su acción no tendrá siquiera resultados parciales y limitados más que a condición de que sea y permanezca acción anarquista dirigida hacia el objetivo anarquista de la revolución y de la liberación integral.

LO QUE VA DE AYER A HOY



A consecuencia de la derrota de 1905, muchos revolucionarios rusos fueron detenidos y enviados a Siberia. En el grupo que reproducimos están, entre otros, Trotsky (1), hoy desterrado también, y Stalin, (3), erigido en amo de Rusia. Bajo los zares o bajo los bolchevistas, la esencia del gobierno es la misma: la tiranía.

PAUL RECLUS

RECUERDOS SOBRE LOS RECLUS

(Véase el número anterior)

Hemos visto la confianza que los hermanos Reclus difundieron a su alrededor; pero tenemos la contraparte; los explotadores abundan por doquiera. Elías tenía en su mujer una aliada vigilante que no se dejaba atrapar fácilmente, sin ser avara, y, pobre como era la pareja, las exacciones de que fueron objeto no causaron nunca gran mal. Pero Eliseo, desde 1874 estaba en relación de trabajo con numerosas personas o individuos aislados, y, enemigo de la desconfianza, tuvo más de una vez que ver con jóvenes aprovechadores cuyas hazañas no se veían de inmediato. En Bruselas fué peor que en Clarens, porque era más conocido. La Sociedad de ediciones fundada bajo su nombre fué un triste asunto. Se dejó aferrar en un documento oficial (Elías para la firma que reemplazaba a Eliseo en viaje), donde todas las responsabilidades se acumulaban sobre él. Cerca de veinte personas se dejaron embaucar, y todas no eran trabajadores honestos. Administradores poco escrupulosos gastaron los dineros que el renombre de honestidad de Eliseo había llevado a la Sociedad. Cuando la caja estuvo vacía los aprovechadores desaparecieron; ningún trabajo cartográfico serio había sido terminado; los dibujantes fueron avisados que tenían que buscar otras ocupaciones; todos no lo quisieron comprender, porque la forma legal de la "carta certificada" había sido descartada voluntariamente por Eliseo, y sus "derechos legales" continuaban en vigor. Para salir de ese callejón sin salida, fué preciso un acto revolucionario. El joven Patesson se colocó una mañana a la puerta de la sala de trabajo y, en posición de boxeador, impidió el acceso a los que persistían en querer presentarse. Eliseo no lo supo sino más tarde. Entre tanto, la "justicia" había recibido quejas, hubo una instrucción judicial contra los hermanos Reclus por "banca rota fraudulenta". Eliseo tuvo que pedir a sus amigos, los profesores de la Université Nouvelle, que tomaran su defensa, y después de algún tiempo, se evitó a los dos hermanos la policía correccional. Pero durante varios años, Eliseo tuvo que pagar deudas considerables, y no cesó de sentir el corazón ulcerado al pensamiento de que por haber tenido confianza en él, algunas gentes habían perdido sus pocos dineros. Había allí, ciertamente, una contravención al consejo que da en una carta a Rorda: "No derroche sus fuerzas". Yo no tengo la menor duda de que el período de ansiedad que tuvo que atravesar ha agravado la enfermedad del corazón de que murió.

La Biblioteca geográfica pública y la colección de mapas que Eliseo había reunido en Bruselas durante los diez años de su actividad en esa ciudad, constituían lo que podría llamarse un edificio de anarquía constructiva. Su sola iniciativa había agrupado esos documentos y el trabajo que necesitaba su ordenación

era asegurado por él. Después de su muerte, esas colecciones continuaron enriqueciéndose menos rápidamente, sin duda, pero en 1914, ese centro de estudios geográficos estaba perfectamente catalogado y comprendía más de cuarenta mil piezas. Desgraciadamente, pocos estudiantes hacían uso de ellas, y cuando después de la guerra la Universidad nueva decidió no reabrir sus puertas, esa biblioteca era completamente inútil en Bruselas. Buscando a algún joven organismo que pudiese hacer buen empleo de ella, se descubrió un sabio japonés deseoso de abrir en Tokio un Instituto de Geografía Eliseo Reclus. La biblioteca fué embalada y expedida; las cajas estaban sobre el muelle de Yokohama en 1923. El temblor de tierra y el incendio consecutivo pusieron fin al proyecto generoso de Ishimoto.

Es difícil marcar fechas en la evolución religiosa de los dos hermanos; probablemente abandonaron el punto de vista paternal desde antes de los veinte años; pero hasta el 51 se les ve hacer uso en sus lecturas de la "jerga de Canaan". No es sino por la permanencia en Inglaterra que parecen haber sido curados de toda fraseología bíblica. Desde su regreso a Francia forman parte en las filas socialistas, pero no se afilian a ningún partido. Elías me ha contado cómo su hermano y él habían frecuentado los grupos blanquistas (hacia el 60) y por qué se habían retirado de ellos. Blanqui no desdénaba los pequeños medios para mantener el fervor de sus discípulos, adulando a éste, después a aquél, creando rivalidades entre unos y otros, en una palabra, practicando en pequeño la ciencia del gobierno.

Ganando su vida como corresponsal de periódicos extranjeros, Elías podía consagrar una parte de su tiempo a las publicaciones socialistas, a "L'Assotiation", después a "La Cooperation"; en 1866 es gerente de la "Société du Crédit au Travail". Para más detalles, véase el estudio de Jean Gaumont en "L'Action cooperative", del 29 de octubre de 1927. En su obra "L'Internationale", primer volumen, págs. 77 y 131, James Guillaume menciona a los dos hermanos Reclus entre los miembros de la Alianza revolucionaria socialista, organización secreta fundada por Bakunin. Ese grupo cesó por lo demás su actividad en 1869, y la propaganda que Elías hizo en España en el otoño de 1868 fué una de las causas de esa disolución, propaganda demasiado general y que contrarrestaba la de otro miembro de la Alianza, más especialmente socialista, se decía. (Pero después de sesenta años ¿qué queda de una y de otra?). En Francia los hermanos Reclus estaban dispuestos para los acontecimientos. Me recuerdo del día del entierro de Victor Noir, donde un centenar de millares de parisienses manifestaron contra el imperio; veo la marcha de los hombres y la ansiedad de las mujeres...

Entre tanto, por una carta de Eliseo a Pierre Faure, se les ve votar en el 69. Después vinieron la guerra y la Comuna. Pero antes de dar algunos recuerdos

de esa época agitada, me parece útil volver sobre el camino para hablar del rol de Eliseo en la guerra de secesión, sin lo cual quedarían incomprensibles algunos de los acontecimientos ulteriores. Habiendo habitado la Louisiana, Eliseo podía hablar con conocimiento de causa de la cuestión de la esclavitud en los Estados Unidos; conocía también la geografía de las regiones en que se desarrollaba la lucha entre sudistas y nordistas.

Cuando estalló la guerra, Eliseo hizo aceptar a la "Revue des Deux Mondes" artículos que tuvieron una gran repercusión; ponía todo el feo de su juventud al servicio de los antiesclavistas, y fué sin duda uno de los elementos de la opinión francesa e incluso mundial en esa época. Esa campaña de prensa debió tener una cierta resonancia en los Estados Unidos, porque encuentro en un álbum una cincuentena de retratos de voluntarios con su nombre y el número de su regimiento; un cierto número de esas fotografías llevan un timbre de correos anulado, como si hubiesen sido enviadas directamente del joven soldado al escritor parisiense. Pero el gobierno de Washington notó también esos artículos, y el embajador americano en París, llamado Washburn, si no me engaño, hizo ofrecer una recompensa a Eliseo Reclus, y ante la negativa del joven a aceptar nada, se trabó en amistad con él. Fué con la ayuda de ese diplomático que, durante la Comuna, Miss Putnam pudo ponerse en campaña para la busca de Eliseo entre los prisioneros de Versalles. No tengo la menor duda de que al año siguiente fué la misma persona la que puso en movimiento a los sabios anglo-americanos y supo maniobrar para obtener que Eliseo no fuese enviado a Nueva Caledonia.

La guerra franco-alemana terminó en febrero de 1871, las elecciones debían tener lugar el mes siguiente. Eliseo había decidido presentarse en los Bajos Pirineos, pero la carta por la cual presentaba su candidatura llegó demasiado tarde (Nettlau). Su nombre, dice aun Nettelau, se encuentra en dos carteles de una circunscripción de París. No debía, pues, ser opuesto a la diputación, considerando sin duda entonces que el mandato equivalía a un puesto peligroso. Mi padre me ha contado que en su barrio, su hermano y él habían tenido votos, pero que, siendo excrutador, había hecho anular sin piedad los boletines insuficientemente explícitos, como Reclus o E. Reclus. Es posible también que este detalle se refiera a las elecciones de la Comuna, en marzo.

El 18 de marzo, Elías, Eliseo y Paul estaban en su puesto de soldados al servicio de la Comuna, en el 119 batallón. Elías, con la mano derecha contraída por una antigua herida, Eliseo como combatiente, Paul como médico. Fanny y las hijas se habían ido a provincias con Eliseo algunos días antes, mi madre y yo sólo el 3 de abril, pero ese día, de los tres hombres, sólo mi padre estaba en casa, y no se sabía qué se había hecho de los otros dos. El 4, hacia mediodía, llaman a la puerta; soy yo el que voy a abrir: Paul volvía después del combate de Chatillon, incapaz de decir qué suerte había sufrido Eliseo.

Por error del comando mi padre no había participado en ese combate, cuyo relato se encuentra en la publicación póstuma: "La Comuna au jour le jour". En la noche del 2 al 3, el batallón estaba formado en la plaza Vendôme; a las dos un jefe fué a anunciar que la noche sería tranquila y despidió a los blanchardiers. Media hora más tarde, se cambió de idea y el ejército parisiense avanzó... Eliseo fué hecho

prisionero con muchos otros; Paul cuidó a los heridos, y con la connivencia de los médicos del ejército regular, pudo evadirse hacia París... Un mes más tarde, Miss Putnam, después de idas y venidas sin número, entre los vivos y los muertos, acabó por encontrar a Eliseo en uno de los fuertes de la rada de Brest, de donde fué transferido al fuerte de Quclern. Eliseo no quiso nunca hablar de los primeros días de su detención. Se sabe vagamente que fué una terrible historia y que muchos de sus camaradas fueron fusilados o enloquecieron; se trata de la marcha del convoy de prisioneros de Chatillon a Versalles; la actitud innoble de la muchedumbre en las calles de esa ciudad, el viaje en vagones de animales durante cuatro días hasta Brest...

En su obra, mi padre ha contado lo que fué la vida de París durante la Comuna; yo tenía doce años y he conservado un recuerdo bastante claro de los acontecimientos. Me recuerdo muy bien de la visita de Aristide Rey, que vino de parte de Edouard Vaillant, a pedir a mi padre que ocupara el puesto de director de la Biblioteca Nacional, función que ejerció en efecto a partir de fines de abril. No ha dicho las dificultades con que se encontró; yo sé sólo que entró en conflicto con algunos miembros del alto personal y que uno de ellos fué revocado. Durante los primeros días de la semana sangrienta, el lunes, martes y miércoles, mi padre estuvo en su puesto y tomó todas las disposiciones para preservar la biblioteca del incendio que devastaba una parte de la capital.

Para completar lo que cuenta de esas lúgubres jornadas, diré que durmió el lunes en casa de Kneip, mientras las mujeres y los hijos de la familia se refugiaron en casa de Thiehaut, sobre el muelle de la Rapée (los otros locatarios de la casa de la rue des Feuillantines nos habían hecho rogar que saliéramos de la casa, pues mi madre estaba también comprometida por haber formado parte del Consejo de educación femenina). Ciertas escenas contadas por mi padre están aún presentes en mi memoria: París bajo el incendio visto desde el puente de Bercy — yo lo tenía por la mano y hallaba que se estacionaba largo tiempo; el combate para la posesión del puente de Austerlitz, la destrucción de la parte de la casa que ocupábamos por un obús enviado de un pequeño navío del ejército regular, el descenso de los soldados del orden al sótano donde nos encontrábamos nosotros en número de una cuarentena, el ruido matinal de los fusilamientos de prisioneros en la prisión de Mazas, muy próxima a nuestro refugio. El sábado, nuestros caseros rogaron a mi padre que buscara otro asilo; mi madre y yo recorrimos París y, después de varias negativas, fuimos aceptados por dos damas, madre e hija, maestras, cuyos esposos estaban ocultos en los suburbios. (Y decir que he olvidado su nombre!). El domingo por la noche, con la bruma, entramos en su casa, en la esquina de la rue du Temple y de la rue du Platre, y nos instalamos en una habitación que nuestros vecinos pudieron creer vacía. Quedamos allí quince días, con los postigos cerrados, sin hacer ningún ruido; sólo yo salía para el afeitamiento. Después, una noche, el amigo Francois Huet y su hermana Adele vinieron a buscar a mis padres y las dos parejas se fueron a rue du Pot-de-Fer-Saint-Marcel (barrio Mouffetard, donde mis padres eran bien conocidos), mientras que yo fui a casa de otro amigo, y de allí a Vascoeuil. La familia de Eliseo estaba en Sainte-Foy. En octubre, Schmahl procuró a mi padre un billete de emigrante italiano

que volvía a su país, y cuando llegó a Lausanne nos hizo signo de reunirnos con él.

Veinte años más tarde, Eliseo tuvo, también, que atravesar un período en que era necesaria mucha prudencia. En el 94, estaba en Bruselas en ocasión del asesinato del presidente Carnot. Su arresto fué anunciado varias veces, después desmentido. Sin duda una corriente de opinión gubernamental aconsejaba herir "en la cabeza al partido anarquista", pero la policía internacional, en Bélgica como en otras partes, obedecía a órdenes contradictorias. En una carta insertada en el tercer volumen de la *Correspondance*, Eliseo dice que está al borde del mar, en Knocke, pero no cuenta cómo llegó allí. En realidad un día había sido decidido el arresto, pero un "oído simpático" lo rupo inmediatamente y un instante después, un joven que conocía a Eliseo se presentó en su casa: "Yo lo llevo", y estuvieron los dos en la calle antes de que la policía llegase. Por los caminos más rápidos, el joven condujo a Eliseo a casa de su padre, que era director de prisión en Flandes. Eliseo trabajó algunos días con tranquilidad en una celda; al constatar-se debidamente su ausencia, el mandato de captura fué anulado, y Eliseo, advertido, fué a instalarse a Knocke.

Establecido en Zurich para la educación de sus hijos, Elías Reclus se hallaba fuera del movimiento social, y sus trabajos le llevaron cada vez más hacia la etnología, y de allí hacia la ciencia de las religiones. Apenas se encuentra su nombre en la prensa socialista avanzada, sin que por eso se hayan modificado en nada sus ideas. Tengo un recuerdo que caracteriza su concepción del socialismo. Una velada del lunes, en 85 rue Monge, Attila de Gerando, excelente joven que vivía en una riqueza relativa, le planteó esta cuestión: ¿Qué puedo hacer para la solución de la cuestión social? Elías, eludiendo la respuesta directa, dijo: ¿Ha tenido usted alguna vez hambre sin tener qué comer, ha errado alguna vez sin tener dónde alojarse? — No... — Pues bien, usted no puede comprender nada de la cuestión social. — Pero... — No, si los remedios no salen de su corazón, es inútil que aborde el problema. Y Attila no pudo sacar otra cosa de él aquella noche.

Eliseo, en el borde del lago de Ginebra, del 74 al 90, constituye parte del ambiente activo de la Suiza romanda y de la Federación parisién. No pasa ninguna semana sin que reciba o haga visitas, sin discusión, sin contribuir con un artículo o una conferencia. Las ideas están en plena evolución, la doctrina adquiere formas sucesivas. Yo me recuerdo de la conversación siguiente en 1876, la cual no tiene nada de comunista. Ermancia (esto pasaba antes de su matrimonio con Eliseo) dijo: "Y mi sobrino, ¿qué será en vuestra sociedad nueva? todo lo que puede hacer es ganarse la vida trabajando mal. — Pues bien, entonces comerá mal". Un poco más tarde, le oí decir: "No es colectivistas, lo que somos, sino comunistas libertarios"... Por lo demás, a partir de 1876, no lo he vuelto a ver más que raramente, y es en "Le Revolté" donde hay que seguir la evolución de su pensamiento anarquista. Mi impresión es que Eliseo no fué el iniciador, sino que daba una conclusión clara y lógica a las discusiones a que asistía; formulaba en términos claros las aspiraciones de su grupo de amigos, los Gross, los Herzig, los Kropotkin, los Dumartheray, los Grave, etc. Su acción preponderante disminuyó mucho cuando el periódico fué transportado a París.

Elías ha escrito mucho menos que su hermano, y sobre todo publicó menos, pero sus investigaciones se han extendido a dominios mucho más numerosos. Sabía de ciencias naturales todo lo que había sido descubierto hasta antes de 1850: conocía las artes mejor que muchos críticos. Penetraba la verdadera esencia de todas las cosas, y veía a cada una de ellas bajo los aspectos más diversos. Descendía al alma de sus contemporáneos como a la del primitivo, y sabía la débil distancia que separa al civilizado del bruto. Si combatía las instituciones políticas, lo hacía sin odio para los protagonistas, si preconizaba medidas enérgicas, era sin ceguera sobre la magnitud de los resultados. Creía sobre todo en la potencia de la reflexión personal; por el juego de transmisiones subconscientes, una cuestión resuelta por el cerebro de un individuo se convierte en patrimonio de la humanidad entera. "Que yo haya sido aliviado cuando he comprendido que no soy más que una neurona del género humano", me ha dicho un día. La evolución consiste en la suma de los perfeccionamientos imaginados por los particulares. El progreso es el resultado de la lucha inconsciente de las inteligencias, cuya totalidad forma la inteligencia de la raza. Y qué bien se adaptaba a una cierta pereza natural a una necesidad de contemplación, a un aborrecimiento del éxito! ¿Para qué buscar un editor! Guárdate de triunfar, decía, y ese es, sin duda, el mejor resumen de su sabiduría.

Eliseo no ignoraba, como no lo ignoraba Elías, la fragilidad de la virtud humana, pero conocía también la fuerza de la voluntad, y para cada individuo tomado en particular, esperaba que el milagro hubiese obrado. Elías veía la evolución general. Eliseo las mutaciones particulares. "Es preciso tiempo para modificar la humanidad", decía uno: "Una circunstancia nueva crea una mentalidad nueva y arrastra a todos los vacilantes", dice el otro. Eliseo tenía reflejos inmediatos y enérgicos; de un golpe penetraba el obstáculo apenas entrevisto. Elías, en su lecho de muerte, le recordaba su viaje de Montauban al Mediterráneo en 1849, que tuvo por consecuencia la suspensión de la Facultad; "cuando vimos el mar (desde lo alto de la montaña de Clappe), te emocionaste tanto que me mordiste en la espalda hasta salir sangre".

El alma de Eliseo era un laboratorio de reacciones ruidosas; la materia se escapaba por la pluma, por la palabra, por los actos. Nada para él, todo para los otros; su lema era:

"Trabajemos para hacernos inútiles".



SPARTACO ACRATE

El "Primero de Mayo" en Italia

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

Aquellos de nosotros, italianos, que, ambulantes por el mundo buscan como el sediento próximo al agua un poco de libertad para decir el propio pensamiento, para comunicar a otros corazones la propia fe, y al mismo tiempo para encontrar quien condida el propio dolor y la propia esperanza, acogerán el "primero de mayo" con una aguda sensación de nostalgia y de lamento.

En su país, el primero de mayo está prohibido. Casi la tiranía dominante quisiera suprimirlo también del calendario, si fuese posible saltar sin más ni más del 30 de abril al 2 de mayo. La ojeada policial monárquica y fascista se vuelve en los días precedentes más vigilante y despectiva. ¡Ay del obrero que, aunque aisladamente, no vaya a trabajar aquel día! No se admiten excusas. En los astilleros, en los establecimientos, en los talleres, donde quiera, los patronos, los jefes de fábrica, los directores de trabajos, etcétera, son invitados, incluso obligados, a no conceder aquel día permisos de descanso a los que dependen de ellos, bajo ningún pretexto. Las bandas fascistas, además, recorren las calles; y ¡ay del obrero que sea encontrado vestido de fiesta por cualquier motivo! Las fondas, por la tarde, los lugares de reunión, las tabernas suburbanas son vigiladas, para sorprender en ellas y dispersar el más modesto cenáculo, sospechoso de conmemorar la fecha borrada y suprimida.

Todo esto bulle en la mente de los prófugos; y mientras ven a su alrededor a los proletarios de los países en donde yerran, desfilar con sus banderas, cantando los himnos del trabajo y de la rebelión, reunirse en los mítines vibrantes de entusiasmo, exaltar la propia fe y al mismo tiempo la propia alegría en la solidaridad reafirmada bajo el sol, ellos, los italianos, se mezclan, es verdad, a las muchedumbres fraternas de otras lenguas y de otras razas, pero permanecen sin embargo pensativos y tristes. El pasado, con sus recuerdos nostálgicos, interrumpe en sus labios la sonrisa y torna melancólico su canto.

Y, como los italianos, tantos y tantos otros, todos los prófugos de todas las naciones que la dictadura militar y burguesa ha conseguido subyugar: españoles, búlgaros, letones, húngaros, portugueses y así sucesivamente.

Hace ya cuarenta años que el "primero de mayo" se ha convertido en una palabra de orden de llamada

y de reunión, de esperanza y de rebelión, para los proletarios de todo el mundo. Desde hace cuarenta años aproximadamente el proletariado de todos los países se reunía en un mismo pensamiento de solidaridad civil y fraternal, en un mismo pacto de lucha y de reivindicación, en cada primero de mayo — en el día hecho símbolo de la revolución redentora y auspicio de la gran paz humana futura en el bienestar y la libertad de todos y para todos.

Recordamos. Al comienzo se reunían solamente en pequeña escala los primeros fieles, en círculos poco numerosos, en pequeños locales modestos, vigilados a la vista por las guardias, detenidos a la entrada o a la salida, en medio de peligros, pero llenos todos al mismo tiempo de alegría al pensamiento de que en todas partes otros compañeros y hermanos se reunían en los mismos momentos. Se leía juntos la poca prensa, los manifiestos y los volantes clandestinos, que los escasos medios permitían imprimir y que la policía alerta no conseguía secuestrar. Los folletos, los números únicos y los opúsculos, amenudo impresos a mano, pasaban de uno a otro, buscados y acogidos con el placer de las cosas prohibidas.

No siempre había oradores en aquellas reuniones; ni había necesidad de ellos, porque estaban solos y ya convencidos los que se reunían. Algunas reuniones se celebraban clandestinamente, a puertas cerradas, en algún sótano de lejanos suburbios, otras en algún caserón de campaña o en algún ignorado hueco de un bosque, otras aun en las costas, a lo largo de alguna barca... No raramente, cuando la víspera los arrestos preventivos habían sido numerosos, los detenidos, amontonados en algún pabellón de las prisiones, improvisaban allí su reunión del primero de mayo, y los transeúntes sentían, desde fuera, el eco de las canciones de los presos, que subían al cielo, a través de las rejas, como desafío al enemigo y como invocación al porvenir vengador.

En los años siguientes, de inmediato, la manifestación fué más vasta; — y la consigna — abandono del trabajo — era acogida por un número más amplio. La policía y los gobiernos se ponían en situación de alarma desde un mes antes. Las imprentas eran más vigiladas; los socialistas y anarquistas más conocidos eran seguidos en todos sus pasos, y el 30 de abril los arrestos eran más numerosos. Pero la consigna, que había circulado de boca en boca, hallaba cada vez más eco entre los obreros; y todas las medidas de la policía no hacían más que excitar doblemente y atraer

la atención de muchedumbres más numerosas, dando más importancia a la manifestación e introduciendo al mismo tiempo un misterioso sentimiento de terror entre las clases dominantes.

La aproximación del primero de mayo era para los burgueses la aproximación de un peligro ignorado, como si estuviese por llegar el fin del mundo. Y cuando llegaba el día, desde la mañana temprano se oía por las calles aun solitarias de la ciudad la caballería y el paso candencioso de la infantería, que iban a tomar posiciones en los puntos estratégicos para "mantener el orden público". Estaban los tenderos que tenían la puerta entornada para poder cerrar a la primera alarma; y enciertos casos los burgueses se aprovisionaban de víveres el día anterior, en el temor de no poder salir por algún día a la calle y no tener que comer.

Por las esquinas se veían los primeros manifiestos, los pocos que habían logrado con dificultad obtener el permiso de la questura. No tenían importancia por el contenido, que no debía decir nada o casi nada; pero las grandes palabras en negro o en rojo "Primero de mayo" bastaban para dar una sensación de novedad, de alegría y de conmoción. Al lado de los manifiestos oficiales de las asociaciones más moderadas, se habían pegado durante la noche los pequeños manifiestos más vivaces, impresos sin permiso, de los grupos anarquistas y revolucionarios; y las guardias con las dagas se esforzaban por despegarlos de los muros, mientras la gente se reunía en torno a ellas a mirar, a comentar, a sonreír.

La mayor parte de los obreros no se atrevía todavía a desertar del trabajo. Las fábricas y los talleres de artesanos se abrían; pero los trabajadores entraban en los establecimientos con la cabeza baja, temiendo la detención, los transtornos de la jornada, la pérdida del trabajo, pero ya con la conciencia inquieta como el que sabe que traiciona un deber de que comenzaban a tener el sentimiento. Pasaban por las calles en que estaba apeada la caballería; veían los manifiestos, veían las banderas rojas, que los primeros "gavroches" de la revolución habían lanzado durante la noche sobre los muros, en lo alto, pegadas con bolitas de arcilla; y respiraban en el aire matinal el estremecimiento subversivo de la jornada.

Pocos aún, los anarquistas y los socialistas vestidos como en día de fiesta circulaban entre los trabajadores que se encaminaban a las fábricas, les aconsejaban que se volvieran y dejaban en sus bolsillos las circulares y manifiestos de ocasión. Los más audaces, conocidos por la policía uno a uno, eran perseguidos por la policía en acecho y detenidos, para ser procesados luego por excitación al odio de clase. Y entonces, más de uno de los obreros, que habían salido de casa para ir a trabajar, se volvía o se mezclaba a los grupitos que se formaban aquí y allí. Los grupos cada vez más compactos comenzaban a circular por la ciudad, para ver y hacerse ver, en espera de algo nuevo, del hecho inesperado y embriagante.

Pocos, sin embargo, eran en los primeros años los ausentes de las fábricas el primero de mayo; y esos pocos eran anotados, despedidos del trabajo, boicoteados, señalados a la policía... Si alguno hallaba toda-

vía trabajo, las guardias iban a detenerlo al propio establecimiento, o bien a vigilarlo de manera como para molestar a los jefes y obligarles al despido del vigilado. El joven Sante Caserio tuvo que sufrir en Milán una larga odisea de esta especie, hasta que se vió constreñido a emigrar a Francia, donde, erigido en vengador de los mártires de la anarquía, se convirtió en mártir él también, subiendo al patíbulo.

Cuando los manifestantes conseguían ser menos escasos, estallaban los conflictos con la policía. No en vano la caballería obligaba a intervenir, como decían los periódicos, para disolver con sus evoluciones los grupos más grandes que perturbaban el orden público.

En el curso de pocos años las manifestaciones se hicieron imponentes, los conflictos más ásperos. La violencia estatal acabó por volver enormemente más sagrado aquel día para los corazones obreros, bañando de sangre las plazas y las calles. En Roma está siempre vivo el recuerdo de los luctuosos hechos de la plaza Santa Croce in Gerusalemme, en donde el pueblo, que había escuchado la voz de Amilcare Cipriani, hizo una de sus primeras tentativas de insurrección. El congreso anarquista de Capolago de enero, en el que Cipriani había participado, había proyectado la necesidad de agitaciones revolucionarias y de movimientos callejeros; y no fué difícil a la policía ver un ligamen entre los dos hechos, sobre lo que se basó todo el proceso famoso que siguió.

Pero la propaganda por el hecho tenía sus resultados lógicos. Hombres universalmente respetados y de fama mundial, como Giovanni Bovio, Edmundo de Amicis y Antonio Labriola no desdijeron el unirse a los humildes obreros, viendo en el "primero de mayo" como una afirmación del humanismo, un signo de civilización superior, el índice no sólo de un legítimo deseo de mejoramiento material y de revuelta política, sino también la realización de una elevación espiritual inicial.

A la manifestación del primero de mayo cada partido y cada fracción del proletariado le daba un significado propio — además del genérico y general, — más en armonía con el propio programa teórico y táctico, más en concordancia con las propias predilecciones y tradiciones.

El pensamiento de los anarquistas ascendía al sacrificio heroico de Chicago, a los sublimes ahorcados que conscientemente subieron al cadalso, desdijando las transacciones que les habrían salvado, en espionaje de la obra por ellos hecha en el movimiento por las ocho horas y la huelga general de los trabajadores americanos el primero de mayo de 1886. El "primero de mayo" de los anarquistas tenía todo un carácter de revuelta, insurreccional. Los socialistas, refiriéndose a las decisiones de sus congresos internacionales, limitaban sus reivindicaciones a las ocho horas de trabajo y al sufragio universal. Los republicanos lo admitían con significado de lucha específica contra la monarquía.

Los poetas y los filósofos comenzaron a ver en la revuelta obrera la exaltación de la eterna juventud, de la renovación perenne de la vida. Corrado Corrad-

no y Mario Rapisardi escribieron entonces los más bellos de sus himnos; y el esteta Gabriel d'Annunzio quiere ver en el día consagrado a las reivindicaciones del trabajo una reevocación de los "calendimaggio" de las repúblicas italianas del Trecentos y del Renacimiento.

En tanto los escasos puñados de un tiempo, de año en año se habían hecho legión. Los himnos revolucionarios, antes cantados en sordina, con fervor religioso, en las reuniones restringidas de los fieles, invadían las plazas y las calles en coros cada vez más amplios y más alegres. La primera victoria, aunque casi del todo moral y formal, se había obtenido. Entonces los más se adhirió a la manifestación, hasta los que en el fondo de su corazón vacilaban todavía. Y no solamente los obreros. También los patrones hallaron que, después de todo, un domingo más al año era poco mal. Los otros siguieron el ejemplo. A la política del puño de hierro, como en tiempos de Crispi y Pelloux, sucedió la política de corrupción y de adormecimiento de Zanardelli y Giolitti. El "primero de mayo", que se quería matar un tiempo con el plomo, se intentó sofocarlo bajo las flores con una unanimidad que quería quitarle todo carácter. El peligro de la desviación pareció entonces más grave que el de la persecución.

Con todo eso, el "primero de mayo" no cesó de ser recordado, conmemorado por la clase trabajadora con un entendimiento que no se dejaba sofocar ni adormecer. Algunas manifestaciones más coreográficas que idealistas, algunas degeneraciones de vulgar francachela, el abuso de una literatura superada y añeja, no impidieron que la primera intención quedase alerta en los corazones y en las mentes: la de la liberación del hombre de todas las opresiones y de todas las explotaciones, con el triunfo de la justicia social.

¡Ahora todo parece acabado! De improviso, justamente cuando el primero de mayo parecía haber entrado definitivamente en las costumbres y en los hábitos italianos, mientras en todo el mundo las mismas clases dirigentes, algunas al menos, se doblegaban al hábito, — así como en los países católicos, incluso los hebreos, los protestantes o los incrédulos se doblegan inconscientemente a solemnizar con las vacaciones una fiesta religiosa que no es de ellos, — el año después que el ministerio Facta, para echar polvo en los ojos, aceptó el "primero de mayo" entre las vacaciones escolásticas y burocráticas, he aquí que un gobierno nuevo, el gobierno fascista de las camisas negras, ha ahullado una orden: el primero de mayo ha muerto, debe acabar, es prohibido.

Cuarenta años de historia civil, social y política son borrados; los cantos de los poetas son prohibidos. No más reuniones del pueblo, ni fiestas, ni himnos, ni discursos... ¿Qué ha sucedido? Ha sucedido simplemente lo que sucedería en un manicomio en donde los locos furiosos, después de dominar a los guardianes, cerrasen puertas y ventanas, y luego decretasen: ¡el sol es abolido! Los otros podrían menear tranquilamente las espaldas. Por herméticamente que estén cerradas las puertas y las ventanas, fue-

ra el sol continúa resplandeciendo. Renegar no sirve más que para sufrir un poco todos con la obscuridad, voluntaria o impuesta, pero fuera de la naturaleza. Si en su furia los locos o delincuentes lograsen dominar a los sanos, el sol continuaría resplandeciendo lo mismo. Es como cuando el viejo y ciego Galileo, bajo la inútil violencia inquisitorial, exclamaba resignado y orgulloso al mismo tiempo: "Eppur si muove".

El fascismo pigmeo se ilusiona haber abolido en Italia el "primero de mayo" simplemente porque tiene en la mano la fuerza material, militar y policial, para impedir la manifestación exterior de lo que está más vivo que antes en el espíritu. No se da cuenta, el opresor de Italia, de que su acto liberticida ha tenido un solo resultado: el de volver a dar al "primero de mayo" su puro significado primitivo, el de haberlo libertado de un golpe de las escorias y del moho que lo habían vuelto en los últimos años, y que en el exterior lo vuelven aun, menos grato.

La persecución y la prohibición han vuelto a dar el primero de mayo obrero italiano un carácter ideal y religioso, en el más humano significado de esta palabra, que lo hacen inmensamente más caro a las conciencias libres, en las cuales reviven hoy los antiguos entusiasmos de 1891, de 1894, de 1898... En el secreto de esas conciencias la prohibición de toda manifestación exterior hace fermentar el espíritu de rebelión, preparador de la revuelta deseada por la Italia proletaria y libertaria. Como para los reyes de la antigua Francia feudal, hoy para la manifestación internacional de los trabajadores, de las mentes que han quedado libres y de los corazones en que está siempre viva la fe se levanta un grito solo, desde los Alpes a la extrema Sicilia: "El primero de mayo ha muerto! ¡Viva el primero de mayo!..."

—(5)—

Guilda de amigos del libro Comunicaciones

Volvemos a repetir lo que hemos dicho más de una vez, tanto públicamente como en la correspondencia particular: el rápido crecimiento de la Guilda nos ha sorprendido; teníamos plena fe en la bondad de nuestra iniciativa, pero no creíamos en una simpatía tan instantánea. Hemos llegado a los mil socios. Pero, como hemos dicho ya, para tener alrededor de 1000 cotizaciones seguras, es preciso contar con 1.500 adherentes.

Nuestros amigos tendrán un poco de paciencia estos primeros meses. Aspiramos a regularizar el tiraje mensual de los libros como si se tratase de un periódico. Pero estos primeros tiempos no podremos cumplir en la medida de nuestros deseos. El exceso de trabajo en la imprenta ha hecho, por ejemplo, que este mes de abril no pudiésemos comenzar la impresión de "Dios y el Estado" de Bakunin, el cual quisiéramos tener, en cambio, para fines de mayo. Pasarán dos, tres, quizás cuatro meses antes de dar por

terminados los trabajos preparatorios de organización. En ese tiempo iremos supliendo con otros libros las cotizaciones de los socios.

El estado actual de las ediciones es como sigue:

En la imprenta de LA PROTESTA se comienza la composición e impresión del cuarto tomo de las "Obras Completas" de Bakunin: "Dios y el Estado". En Barcelona se imprimen dos volúmenes de la Biografía de Eliseo Reclus, por Max Nettlau. Y la traducción de la hermosa novela histórica de Frank Harris, "La Bomba", ha sido iniciada. Naturalmente, por más que la ordenación de nuestras cosas para la publicación del libro mensual nos exija aun cierto tiempo, no culminaremos la labor sin la regularidad de las cotizaciones de los socios. Contamos, pues, con la regularidad. La Guilda de Amigos del Libro es un instrumento de cultura que requiere, no sólo el esfuerzo de un grupo administrativo central; debe ser más bien un resultado de una cooperación de todos los que se manifiesten de acuerdo con la idea fundamental de las ediciones de buenos libros.

Necesitamos, en toda localidad donde no lo haya un agente de la Guilda que se encargue de la rebuena de socios, del cobro de las cotizaciones y del reparto de los libros. Tenemos ya en varias ciudades y pueblos de menor importancia una serie de cooperadores activos. Algunos son militantes del movimiento obrero revolucionario, otros no tienen una participación intensa en otras actividades y en cambio se dedican con tanto más interés y apasionamiento a la divulgación de la Guilda. No nombramos a nadie; nos basta decir que sin esa cooperación entusiasta de un par de docenas de compañeros de todo el país, no podríamos seguir adelante. Nos congratulamos de haber hallado ese apoyo; pero no es todavía bastante. Hay

muchas ciudades donde no tenemos ningún socio. Y en el exterior, en todos los países de habla española, a excepción del Uruguay, la Guilda apenas es conocida.

Los agentes de cada localidad a quienes hemos recomendado ya que traten de aligerarnos los gastos de correo, harán cuanto puedan por llevar claramente el estado de cada miembro de la Guilda, haciendo uso de las planillas que remitimos para poder saber en cada momento quiénes están atrasados, quiénes han recibido los libros y quiénes no.

He aquí una lista de libros que los socios pueden reclamar siempre que estén en orden con sus cotizaciones y que no haya en el mes correspondiente ninguna nueva edición, es decir, durante los primeros meses:

- "Mi Comunismo", por Sebastián Faure.
- "Temas Subversivos", por Sebastián Faure.
- "La Revolución Social en Francia", primero y segundo tomo, por M. Bakunin.
- "Consideraciones Filosóficas", por M. Bakunin.
- "Johann Most, la Vida de un Rebelde", primero y segundo tomo, por R. Rocker.
- "Errico Malatesta", la Vida de un Anarquista", por M. Nettlau.
- "El Humanisferio", por J. Dejacque, "La Internacional y la Alianza en España" y "Anarquía", por E. Malatesta. (Los tres por una cotización).
- "El Movimiento Obrero Español, (1886-1926)", por M. Buenacasa.
- "El Anarquismo en el Movimiento Obrero", por Arango y Santillán y "En el Café", por Errico Malatesta.
- "Epistolario Revolucionario e Intimo", por R. Flores Magón.
- "El Estado", por P. Kropotkin y "Cartas a una Mujer Sobre la Anarquía", por L. Fabbri.
- "Ideología y Táctica en el movimiento Obrero", por R. Rocker.
- "Noticias de Ninguna Parte", por W. Morris.

He aquí un pequeño resumen de nuestra situación financiera:

Hasta el momento hemos despachado libros por más de 1.600 pesos, aproximadamente 2.000 volúmenes. En caja nos quedan aún alrededor de 700 pesos. Próximamente publicaremos el balance detallado sobre nuestra situación, que demostrará gráficamente los progresos de la Guilda y al mismo tiempo hará ver a los socios y agentes la necesidad de la regularización de las cotizaciones como medida previa para regularizar las ediciones de libros.

Habiéndose visto en la necesidad de renunciar el tesorero de esta institución, Vittorio Chiesa, por razones particulares que se le presentaron inopinadamente, se ha nombrado un nuevo tesorero, el compañero



Juan Poggio, a quien en lo sucesivo se deberá hacer el envío de valores y giros.

LA COMISION

- Nuevos agentes: Güemes — F. C. C. N. A.: Roberto Riscov, Sarmiento 31, interior.
- San Pedro de Jujuy: Antonio Avendaño, Sarmiento Nro. 8.
- Punta Alta: U. Giulietti.
- Quilmes: Bernardino Rebollo: Olavarría 199.
- Tucumán: B. Díaz, Lavalle 379.
- Zárate: Efigenio Mansilla, Almirante Brown 101.
- Encarnación (Paraguay): Antonio Sánchez.



A. R. PARSONS

¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

El manifiesto del congreso de Pittsburg de la Asociación Internacional de Trabajadores, dado a luz el 16 de octubre de 1883, concluye como sigue:

"Lo que queremos realizar es, por consiguiente, claro y sencillo:

"Primero: destrucción de la clase gobernante existente por todos los medios, por ejemplo, por la acción enérgica, incansable, revolucionaria, internacional.

"Segundo: Establecimiento de una sociedad libre, basada en la organización y producción cooperadora.

"Tercero: Libre cambio de productos equivalentes por y entre las organizaciones productivas, sin comercio ni beneficio lucrativo.

"Cuarto: Organización de la educación sobre una base laica, científica e igual para ambos sexos.

"Quinto: Derechos iguales para todos, sin distinción de sexo o raza.

Sexto: Regulación de todas las gestiones públicas por libres relaciones entre las comunas y asociaciones autónomas (independientes), condicionadas por una base federalista.

"¡Quienquiera que se adhiera a este ideal, que estreche nuestras manos fraternales!

"¡Proletarios de todos los países, uníos!"

"¡Trabajadores, camaradas, todo lo que necesitamos para la realización de este gran fin es: organización y unidad".

La declaración susodicha expresa los fines y métodos de los anarquistas. Sorprende, por consiguiente, oír a ciertas personas decir que los anarquistas desenvuelven sus actividades sin designio ni propósito.

A menudo oímos que se pregunta: "¿Qué significa la anarquía?" Significa, primero, la destrucción de la clase gobernante existente. Mientras no se realice esto, cualquier reforma o mejoramiento en interés del proletariado, sea cual fuere su dirección,

está destinado al fracaso. Todos los males que afligen a la humanidad se resumen en una palabra: *pobreza*, resultante de causas innaturales. Remover esta barrera del sendero significa que el progreso se encaminará firme y rápidamente hacia formas más altas de civilización. La pobreza, por consiguiente, es la gran maldición de los hombres.

La dominación de las clases se basa en la posesión de privilegios, adquiridos, primero, por la fuerza y la chicana, luego decretada por la promulgación de leyes, más tarde, legalizada por la constitución. Por medio de este proceso los medios de existencia, sin el uso de los cuales la vida no puede mantenerse: tierra, maquinaria, transportes, comunicaciones, etc., han sido convertidos en *Propiedad privada* — monopolizada — hasta que unas pocas personas privilegiadas en la sociedad llegaron a poseer el derecho de vivir en libertad. Los desposeídos, la clase asalariada, son compelidos a mendigar pan y abrigo de los que poseen la propiedad. De esta compulsión surge la esclavitud y la pobreza de los productores de la riqueza. El sistema de la propiedad es un despotismo bajo el cual los desheredados son forzados, so pena de extinguirse, a aceptar cualquier término o condición que a la clase poseedora se le ocurra dictar. Destruir este sistema es el fin primordial de la anarquía y, para su realización, el echar mano a cualquier medio se convierte no sólo en un deber, sino también en una necesidad. El voto ha cesado, hace tiempo, de registrar la voluntad popular. La clase que controla las industrias y la riqueza del país puede, y en realidad lo hace, controlar los votos de los trabajadores. La educación se vuelve imposible bajo el aletargamiento y pobreza de la clase asalariada. La Internacional reconoce que el trabajador es mantenido *por fuerza* en un estado de sumisión económica a los monopolizadores de los medios de producción, es decir, a las fuentes de la vida, y que esa es la causa de la degradación mental, de la de-

pendencia política y de la miseria social de la clase trabajadora.

No estando el proletariado habilitado para vivir en la esclavitud, el movimiento revolucionario, de profunda raigambre en el proletariado descontento y rebelde, es organizado y orientado por hombres de la clase asalariada que tienen un conocimiento histórico amplio del movimiento obrero y de su fin inmediato: la revolución social.

Hay hombres educados de la clase media, que, presintiendo el próximo conflicto, o habiendo sido ellos mismos arrojados por la fatalidad de los acontecimientos a las filas del proletariado, se convierten en activos y útiles elementos para organizar a los descontentos. El Estado y sus leyes sirven sólo para perpetuar la clase dominadora existente y, una vez destruida ésta, sobre sus ruinas la anarquía instauraría una "sociedad libre, basada en la organización y producción cooperadora". Esta sociedad libre sería de carácter puramente económico, encarando solamente la producción y distribución de la riqueza. Los hombres se asociarían y, poniendo a contribución sus diferentes oficios, conducirían el proceso de la producción y distribución.

Los zapateros, carpinteros, agricultores, impresores, moldeadores y otros formarían grupos o comunidades autónomas o independientes, regulando todas las gestiones de acuerdo con su mejor parecer. Los gremios, los congresos y otras organizaciones del trabajo no son sino los grupos iniciales de la sociedad libre.

La libertad de cambio entre las organizaciones productivas, sin comercio o beneficio lucrativo, ocuparía entonces el lugar del sistema especulativo exis-

tente con su artificial escasez y "corners" saqueadores.

La educación se pondría al alcance de todos.

Todos gozarían de derechos iguales. No más derechos sin deberes; no más deberes sin derechos.

Todas las gestiones públicas serían reguladas por libres contratos entre las comunas o grupos autónomos (independientes), condicionados por una base federalista.

La sociedad libre equivale a la abolición de todas las formas de gobierno político. Las clases inútiles, abogados, jueces, ejército, policía y las innumerables hordas empeñadas en difundir por medio de avisos sus mercancías, desaparecerían. La razón y el sentido común, basados en la ley natural, reemplazarían a la ley estatutaria, fundamentada en la compulsión y en la dominación arbitraria.

El capital, siendo una *cosa*, no tiene ningún derecho. Sólo las personas tienen derechos. El sistema social existente otorga todo el capital a una clase y abruma con el trabajo a la otra; de ahí que el conflicto sea inevitable. Ha llegado el momento en que los trabajadores deben posesionarse del derecho al libre uso del capital con el que trabajan o los capitalistas poseerán a los trabajadores en cuerpo y alma. Ningún compromiso es posible. Debemos elegir entre la libertad y la esclavitud. La Internacional, altivamente, despliega el estandarte de la libertad, la fraternidad y la igualdad, y desde sus pliegues escarlatas lanza un vibrante llamado a los desheredados de la tierra para que se unan y destruyan de una vez por todas, la bestia de la propiedad, que se refocila sobre la sangre palpitante y vital del pueblo. (Editorial tomado de *The Alarm*).

UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,,

Diario de la mañana

Fundado en 1897

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto 0.10 ctvos.
Suscripción mensual: \$ 2.50.
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.
Suscripción trimestral: 1.50: anual, 5 \$.—

EDITORIAL

"La Protesta"

Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará.— Solicitense catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)